



EL VIAJE Y OTROS ASUNTOS

Relatos cortos

Ma Ángeles Calero Fernández (ed.)

EL VIAJE Y OTROS ASUNTOS

Relatos cortos

1, 2 Y 3

M^a Ángeles Calero Fernández (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica
Edicions de la Universitat de Lleida
Lleida, 2021

En conmemoración del
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2021

Edicions de la Universitat de Lleida, 2021

Textos: los autores y autoras

Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-318-6



Índice

Prólogo	
<i>M^a Ángeles Calero Fernández</i>	7
San Dionisio	
<i>Elisabet Poyo Serentill</i>	11
Azúcar y miel	
<i>Víctor Bonastra Contreras</i>	17
Acinesia	
<i>Laura Alayón Castro</i>	22
El destino siempre tiene la razón	
<i>Alexis Galcerán Queralt</i>	29
Fragmentos de un naufragio sin respuesta	
<i>Rosa María Conesa Cortés</i>	37
Compañeros de viaje	
<i>Axel Lapuerta Coll</i>	43
El viaje	
<i>Li Wenhao</i>	49

Taxidia	
<i>Olga Algaba Perales</i>	55
El rayo	
<i>Núria Freixes Miró</i>	63
Dos Manos	
<i>Yan Xiang</i>	71
Diálogos de la cebolla	
<i>Etna Miró Escobar</i>	77
Huellas de libertad	
<i>Pau Martí Clotet</i>	85
La historia de un mundo cruel	
<i>Pau Ortiz Rúbies</i>	91
Comentarios del jurado	97

Prólogo

En el año 2015 se fragó una iniciativa para dar visibilidad a los estudios de Lengua y Literatura Españolas en la Facultad de Letras de la Universidad de Lleida consistente en un concurso de relatos cortos convocado por el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica. Ese primer germen fue evolucionando con los años hasta desembocar en un certamen también dirigido a estudiantes de secundaria (Enseñanza Secundaria Obligatoria, Bachillerato y Formación Profesional), añadiéndole, con ello, la intención de suscitar interés por cursar la titulación de Filología Hispánica.

La primera convocatoria, resuelta en abril de 2016, iba destinada a estudiantes de cualquiera de los grados de la Facultad de Letras, incluidos los estudiantes de movilidad. Aunque el tema era libre, los textos presentados a concurso debían contener, al menos, tres de una serie de términos cervantinos, en concreto, *adarga*, *rucio*, *maritornes*, *yelmo*, *escudero*, *hidalgo*, *Clavileño*, *ventero*, *quijotada*, *linaje*, *rocinante* y *zaque*. Se presentaron 15 relatos y se entregaron dos premios (primero y segundo) y dos accésits. El jurado estuvo formado por el Dr. Jaume Pont Ibáñez, el Dr. Francisco Tovar Blanco y la Dra. Lola González Martínez.

La segunda convocatoria, resuelta en mayo de 2017, iba destinada al mismo público pero, en esta ocasión, se establecieron dos modalidades o categorías distintas, puesto que la experiencia de la edición anterior había demostrado que no podían competir en las mismas condiciones personas nativas y personas extranjeras. En esta ocasión, los relatos debían desarrollar el tema del viaje en cualquiera de sus diferentes sentidos literarios y vitales. Se presentaron 10 textos y el resultado fueron dos premios (primero y

segundo) en sendas categorías. El jurado estuvo formado por el Dr. Jaume Pont Ibáñez, la Dra. Rosa María Mateu Serra, la Dra. Neus Vila Rubio y la Dra. Lola González Martínez.

La tercera convocatoria, resuelta en abril de 2018, supuso la extensión del concurso a colectivos de niveles educativos no universitarios, de modo que se establecieron cuatro categorías. La Categoría A correspondía a estudiantes de cualquier grado de la Facultad de Letras; la Categoría B, a estudiantes de movilidad de la misma Facultad; la Categoría C, a estudiantes de 1º y 2º de Bachillerato, y la Categoría D, a estudiantes de 3º y 4º de la ESO. Esta edición del *Concurso de Relatos Cortos* tenía tema libre, si bien, dado que la convocatoria se publicó a finales de 2017 y en ese año se cumplía el 75º aniversario de la muerte de Miguel Hernández, con el propósito de homenajear al poeta de Orihuela, en los relatos se debía hacer mención o referencia a algún título, frase o verso de cualquiera de sus obras tanto poéticas como dramáticas. Se recibieron 63 relatos. Se otorgaron primer y segundo premios en todas las categorías, a excepción de la modalidad de estudiantes de movilidad, en la que quedó desierto el segundo premio. El jurado estuvo formado por la Dra. Neus Vila Rubio, la Dra. Rosa María Mateu Serra, el Dr. Carlos Ángel Rizo Jiménez y la Dra. Lola González Martínez.

El concurso ha ido avanzando en ediciones. En ese avance, el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica ha visto necesario dar proyección a los cuentos premiados por la calidad de los mismos y porque no tiene sentido escribir si los textos no pueden ser leídos por el público lector. El libro que aquí presentamos inicia una colección de relatos cortos. Este primer volumen contiene la recopilación de las tres primeras ediciones comentadas, las de 2016, 2017 y 2018. El título que le hemos dado intenta recoger, en uno solo, los temas tratamos entre las tres ediciones; de ahí *El viaje y otros asuntos*. Con la publicación de este volumen y los tres que le siguen hasta la sexta edición del certamen, queremos contribuir a la celebración, en el curso 2021-2022, del *50 Aniversario de la Implantación de la Titulación de Filología Hispánica en Lleida*, gracias a la recuperación, a finales del siglo XX, de los estudios universitarios en

nuestra ciudad, que perdió, tras la Guerra de Sucesión, la universidad más antigua fundada en la Corona de Aragón, el Estudio General de Lleida (1300-1717).

Hemos de señalar que algunos de los relatos premiados no han acabado publicándose, al no recibir la autorización expresa de sus autores o autoras para ello. En las dos primeras ediciones del certamen, las bases de la convocatoria no incluían el compromiso de cesión de los derechos de publicación al Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica de la Universidad de Lleida, manteniendo los derechos de autoría quienes habían escrito los cuentos. Por tal razón, debió solicitarse *a posteriori* la autorización para la publicación de los relatos a las personas premiadas. Entre las tres ediciones recogidas en este primer volumen, no se publican el segundo premio de la modalidad de estudiantes de movilidad de la Facultad de Letras del *II Concurso de Relatos Cortos*, otorgado al relato titulado *El viaje mágico*, escrito por Meilan Lin, estudiante de tercer curso del Diploma de Estudios Hispánicos; ni tampoco el primer premio de la modalidad de estudiantes de 3º y 4º de la Enseñanza Secundaria Obligatoria del *III Concurso de Relatos Cortos*, otorgado al cuento titulado *Escribí en el arenal*, cuya autora es Anna Escolà i Folguera, estudiante del Instituto Ciutat de Balaguer, en este caso por no aportar el texto en formato digital.

Esperamos que la colección que inauguramos con este libro de cuentos no solo conmueva al público lector, sino que anime el espíritu creador de nuevas generaciones de escritoras y escritores.

M^a Ángeles Calero Fernández

Catedrática de Lengua Española

Directora del Departamento de Filología

Clásica, Francesa e Hispánica

SAN DIONISIO

ELISABET POYO SERENTILL

PRIMER PREMIO
EDICIÓN DE 2016

ERAN TIEMPOS de entre luces y los faroles solo permanecían apagados una hora antes y después del segundo ángelus. Eran tiempos de niebla y su espesura coincidía y aumentaba con los fanales empañados de calor.

La actividad de las costanas se reducía, el rabal mantenía el mismo horario que las calles sacras, y el mercado, sólo de tenderos locales, no perduraba diligente más que tres horas al día. En esos períodos no se acercaban caravanas de gitanos ni se aposentaban vagabundos en las orillas del río. Todos parecían conocer la leyenda que enclaustraba la localidad en esas fechas próximas a la festividad patronal. Cerca de doce años que no ocurría lo que venía sucediendo. Los escépticos lo atribuían al reglamentario toque de queda y los supersticiosos, por el contrario, creían que con cuantas más misas ofrecían al santo, menor debía ser el temor.

Aunque las fechas pidieran recogida y oración familiar, los vecinos de aquella pequeña urbe, creyendo haber disuelto la maldición que les sustruía un hijo cada año, seguían dejando a jóvenes deambulando por bosques umbrosos, badinas cienosas y pantanos juncosos. En aquel otoño puede que los rezos no fueran invocados con suficiente ahínco. Los zagales y críos que no habían padecido los tiempos de sigilo, no cumplían edictos de madres y tatas, omitían el tañido carcelario que el párroco seguía tocando y empezaron a llevar zaques de cazalla rellenos, cada diez jornadas, en la tasca del Dolores.

Uno de ellos era Lamberto, zagal de una veintena de abrilés que cabalgaba con su rucio hacia la finca del Soto, llamada así por lo descuidadas que

eran esas tierras, comúnmente colmadas de maleza. Enhebraba la vereda del sur dos veces al día, para ir y regresar a casa. Aquella noche, de camino al pueblo, entonaba una cancioncilla que su abuela le cantaba cuando se oscurecía el cielo y salía el Boyero:

Ay luna que reluces,
toda la noche m'alumbres.
Ay, luna tan bella,
alúbresme a la sierra;
por do vaya y venga
toda la noche m'alumbres.

A paso lento su rocín irguió las orejas ante un disimulado aullido, viró los ojos hacia el sonido y dirigió las zancadas en dirección contraria a todo galope. Por más que Lamberto tirara de las riendas, ensangrentándose las palmas, Clavileño no aminoraba el paso. Chocando contra ramilla punzante y piedras que saltaban desde los cascos del caballo llegaron, de nuevo, a la finca del Soto. El penco, reconociendo el vallado, hincó las patas delanteras en el fango y a Lamberto, inconsciente de los movimientos instintivos del animal que aún no había frenado, se le desengancharon las zancas de los estribos y su trasero dibujó tal parábola en el aire que terminó sobre la paja del otro lado de la verja. Sin perder un instante, el muchacho ató el caballo al cercado y se dispuso a saltarlo, pero, cuando tenía el pie izquierdo encima del tablero más bajo, divisó una débil luz en el establo. Creía haber sido el último trabajador que cerrara sus puertas, por este motivo se dirigió al cobertizo con paso resuelto.

Allí estaba Juan, el ranchero, maniatado y arrodillado frente a un pilón de madera que servía para cortar leña, llevaba mordaza y, en cuanto miró a Lamberto, empezó a emitir vocablos incomprensibles a causa del pañuelo que le impedía la salida de aire por la boca. Lamberto corrió hacia su compañero pero alguien, que se había escondido tras el poste de donde colgaba el candelero que rociaba luz a todo el interior, le impidió el paso. Apartó al mozo de un codazo dejándolo medio aturdido en el

abrevadero, agarró fuertemente el mango del hacha y, de un golpe seco, cortó el cuello de Juan.

La testa cayó con un topetazo sordo en el suelo polvoriento y los borbotones de sangre salpicaron el heno empacado. Lamberto, mientras tanto, entreabría los ojos para observar la cara del asesino, la vela se estaba consumiendo a marchas forzadas, el muchacho se apeó en la losa, salió a tientas del pesebre, y a trompicones llegó a la puerta mientras volvía la mirada hacia atrás. El asesino seguía cerca del cadáver de Juan, quien apoyó una rodilla, se levantó y fue en busca de su propia cabeza, la depositó en sus palmas y empezó a patear sin tropezarse con ningún estorbo. Cruzó por el flanco derecho del pobre Lamberto que se había petrificado en la puerta, formando ya parte de esta, y se dirigió hacia el exterior.

El verdugo arrancó el hacha del tronco de un zarandeo y siguió andando; Lamberto se desenganchó de la hoja y echó a correr, adelantó a Juan y a su cabeza y montó a lomos de Clavileño. Fustigó al exiguo trotón tan fuerte que sufrió un calambre en el hombro.

El sendero se prolongaba tediosamente, aún no alcanzaba a observar los borrones de luces hogareñas. Y de nuevo el caballo se paró. En frente de ellos se encontraba un viejo mendigo, vestido con harapos pidiendo un mendrugo de pan. Lamberto desconfiaba, pues no se veían mendicantes en esas fechas desde hacía décadas, pero, no hallando modo que el ejecutor lo hubiese alcanzado, bajó de la montura, advirtió al anciano que un asesino andaba suelto por esos bosques en dirección al pueblo y que, a lo mejor que podía recurrir, era a esconderse o caminar derecho lo más velozmente posible. Mientras le estaba mostrando por dónde torcía la senda mediante señas, el anciano asió un mango, despojó el hacha de su manto y decapitó a Lamberto de un golpazo.

Al igual que Juan, minutos después de haber perdido la cabeza, el muchacho caminó en busca de su testa, la depositó en sus palmas y siguió avanzando, abandonando a Clavileño en el saliente de la vereda.

Ambos cuerpos marchaban en dirección a la villa, en línea recta, sin recorrer los meandros de la travesía, pisoteando los sembrados. Ya en el pueblo, no se detuvieron en la posada que daba la bienvenida, por las ventanas

de la cual los calamocanos sacaban sus rojas napias. Mientras, Lamberto transitaba por la calle como quien lleva una tarta de manzana a modo de presente. Los ajumados no osaban sacar más partes del cuerpo al exterior, continuaron observando la calle; quién les iba a decir que al cabo de unos pocos minutos sería Juan, de la Salomé, quien errara a pasos calcados a los del labriego más joven. También Honorato, el panadero, los vio pasar como procesión, al igual que Marta, la hostelera, y Bartolomé, el carnicero. Nadie los detuvo, ni se les acercaron, los habitantes salían a sus umbrales y contemplaban a los dos autómatas sin cabeza.

Finalmente, Lamberto torció el torso y atracó en unas puertas añiles. Picó con dos porrazos y, al cabo de unos minutos, la madre que lo trajo al mundo, con el camisón plagado de recosidos, abrió la cerradura. Y, a medida que sus manos le tapaban la boca por el espanto y sus rodillas desfallecían, Lamberto liberó su testa en el peldaño de piedra y se desplomó vacío de alma. Juan procedió de igual manera, y su madre nunca más pudo articular vocablo alguno.

AZÚCAR Y MIEL

VÍCTOR BONAстра CONTRERAS

SEGUNDO PREMIO
EDICIÓN DE 2016

SOY TODO amor. Por mi sangre únicamente corre azúcar, quizás con un poquito de miel. Siempre he sido una persona muy dulce: mi madre me apoda “panda”, porque soy tan adorable como esos entrañables osos. Y jamás me ha faltado de nada, porque mis padres siempre se han encargado de que tuviera todo aquello que deseaba, no en vano son mis padres, y que me lo den todo es la manera que tienen de demostrarme su amor.

Pero en la calle siempre ha sido diferente. Esta maldita realidad es lo que tiene, que no está hecha para gente buena como yo. A veces desearía tener un escudero que me protegiera de todo el mal que existe. Nunca me olvidaré de Andrés y sus estúpidas bromas. Maldito Andrés, siempre queriendo llamar la atención, creyéndose por encima de todos y con derecho a humillar para entretenerse. ¿Quién le mandaba mancharme la mochila de ese horrible corrector ortográfico que no se iba ni en la lavadora? ¿Y quién le decía que me encerrarán con la luz apagada en las duchas del colegio, mientras los demás se reían de mí? Siempre ha sido un completo idiota...

Menos mal que en casa siempre me esperaban los mimos de mi madre, que con su cariño y comprensión lograba cerrar las heridas que los demás chicos me abrían en el corazón.

Aunque no siempre era así. Mi madre no es perfecta y no lo podía arreglar todo. Por ejemplo: las heridas del amor no me las podía cerrar por mucho que lo intentara. Y tampoco podía salvarme de la crueldad de esas chicas, que maquinaban para que sus palabras me hicieran sangrar cada vez que las escuchaba.

Quise a Júlía más de lo que yo pensé que podría llegar a querer a alguien. Y fue precioso quererla, me sentía como si flotara en una nube que nunca abandonaba el cielo. Hablar con ella me dibujaba esa sonrisa de bobalicón distraído que yo siempre había visto y envidiado en las caras de los chicos que tenían pareja. Escucharla era mi pasión; hacerla reír, mi obsesión, y pasar tiempo a su lado, mi perdición. Porque yo llegué a creer que ella podría sentir por mí lo mismo que yo sentía por ella. ¿Cómo iba a pensar lo contrario? Compartíamos penas y alegrías, confidencias y trivialidades, horas de charlas llenas de cariño... Pero ella no me quiso. Nunca lo había hecho. Y nunca lo haría.

Le dio igual que la mitad de mi vida girará en torno a ella. Renegó de mis sentimientos. No supo apreciar que un catorce de febrero me acercara a ella al salir del instituto, temblando de los pies a la cabeza y le dijera que tenía algo importante que decirle. No le importó que, atropelladamente, sin ser apenas capaz de controlar mis labios, le confesara cuánto la había querido desde primer curso, desde que me dio su número de móvil. Y supongo que no entendió que a mí me podía doler en el alma que se tomara mi declaración a broma, y que me podía doler aún más que, tras entender que iba en serio, me rechazara. Ella no podía entenderlo. Quizás fue una quirotada intentarlo siquiera.

Tengo que dar las gracias por estar lleno de amor y haber recibido el amor de mis padres, porque, si no, seguro que estaría lleno de veneno y maldad. Por fortuna, sigo siendo azúcar y miel.

Este mundo es demasiado doloroso y tengo suerte de quererme mucho. Porque alguna vez se me ha pasado por la cabeza dejar de vivir, sabiendo que así no sufriría más. Pero me tengo demasiado. Además, mis padres no podrían vivir sin mí y no sería justo dejarles sufriendo. La vida ya es muy miserable sin necesidad de que yo les haga eso. Además, debería dejarle al mundo un linaje de buenas personas, o jamás acabaremos con esta espiral de desgracias.

Menos mal que, por fin, entendí cuál era la solución. Es tan fácil que no entiendo cómo no se me había ocurrido antes.

Sé que mis padres son lo mejor de este mundo y que nunca me harían daño. Sé que yo mismo me quiero demasiado como para lastimarme.

Son personas como Andrés y Júlia los que hacen de mi vida algo horrible. Me insultan, me humillan, me rompen el corazón y yo no puedo hacer nada más que irme llorando a casa, intentando que las lágrimas me devuelvan la felicidad que me roban.

Gracias a Dios, ahora ya estoy mucho mejor. Júlia y Andrés me miran sorprendidos e incluso asustados desde el suelo. No entiendo por qué me pusieron esas caras antes de morir. Ellos ya tenían que saber el dolor que me estaban causando. Nadie podría romperme el alma tanto como ellos y no darse cuenta.

Me siento un poco culpable, aun así. Sé que un japonés se habría quitado la vida ante esta situación. Ya lo dice el proverbio: “Ante una experiencia traumática, el japonés se quitaría la vida. El americano, cogería un arma y empezaría a matar”. Siempre me he sentido un poco americano a pesar de ser español, porque adoro el inglés y el cine de Hollywood, así que no me extraña haber actuado así.

ACINESIA

LAURA ALAYÓN CASTRO

PRIMER ACCÉSIT
EDICIÓN DE 2016

DESPERTAR SE le ofrece como el acto de locura cotidiano más infame para poder seguir muriendo. La paradoja de tener que enfrentarse a las sábanas deshechas y al aliento ácido que recorre su paladar para ponerse en pie y repetir la misma rutina hasta volver al mismo sitio, cansado y aturdido, deseando que “ojalá mañana sea un día mejor”.

Mientras se quita el yelmo y mira las manos agrietadas que lo mantienen, exhala un último suspiro antes de apagar la luz y notar cómo las sombras vuelven a susurrarle lo que han hecho mientras no estaba. Le hablan de travesuras propias de niñas malcriadas y se ríen con una carcajada profunda que se le queda clavada en los parietales, te hemos estado imitando todo el día, y que le obliga a manotear en la oscuridad buscando el interruptor sin darse cuenta de que, si no abre los ojos y vuelve a desvelarse, no conseguirá hacer que se callen.

Despertar e irse a cabalgar en el gusano de metal que recorre las arterias de una ciudad todavía dormida. Nadie mira a nadie y la mayoría tienen colapsada su atención en las miles de pequeñas pantallas que iluminan el vagón y que residen en sus manos. La vibración de un nuevo mensaje les recuerda que están vivos y mientras rozan palabras de cristal parece como si estuvieran montándose en los lomos de su Clavileño particular y volasen muy lejos del asiento aséptico de plástico en el que descansan sus nalgas.

Están poseídos por un hechizo que él es incapaz de comprender y se escapa de su percepción, sube los hombros con resignación mientras atraviesa las puertas corredizas y otros tantos entran cabizbajos sumidos también

en esa magia absurda que, en vez de acercarlos, los aleja, haciéndolos entes robotizados de rostros iluminados.

Cuando llega a su destino, las filas le parecen también la obra grotesca de una realidad paralela, dan la vuelta a las esquinas y se cuelan por las tiendas, las casas y las plazas, mientras unos cuantos reparten números con los que intentan dotar de una identidad a toda aquella muchedumbre, a las miradas perdidas o a los incrédulos creyentes que imploran algo al cielo con una mueca que roza ya el optimismo más ridículo.

De repente uno de los números comienza a gritar: “¡Queremos salir a las calles y encontrar la dignidad de nuestro linaje, ese que se estampa contra los gigantes que nadie ve pero todos saben que están ahí, los que con sus pulcras uñas destripan la solidaridad de nuestra especie y son los culpables del egoísmo más atroz, ellos son los que tienen que escuchar el grito del ardor de una guerra que disputamos cada día, sin fin, para que se den cuenta de que el vencedor no es el que más tiene sino el que más lucha!”.

Todos lo miran horrorizados, se llevan el dedo índice a la sien y realizan un par de rotaciones en el aire a la vez que observan cómo aparecen otros números, aunque de una naturaleza completamente distinta, y se llevan en volandas al disidente, mientras este realiza aspavientos ante la actitud impávida de los demás, siseando como prueba irrefutable del orden que mantienen hasta obtener la aprobación silenciosa del trabajo limpio y bien hecho por parte de todos, acompañada incluso de algún aplauso que acaba por asfixiarse en alguna parte.

Despierta cuando oye su número y se acerca hacia la mirada errante de la funcionaria que ni siquiera pone atención a su saludo. Veamos, sí, de acuerdo, lamento comunicarle que no tiene usted ninguna oferta que se adecúe a sus capacidades. ¿Ha puesto usted que es mi segunda salida a estas tierras enfermizas? Sí, lo he puesto. ¿Y también que tengo experiencia como caballero andante? Sí, pero no me sale nada. Sin ofenderle, creo que a su edad es difícil aportar algo provechoso a la sociedad, creo recordar que todos los que ejercían su oficio acabaron deslocalizados en otros países; pero, recuerde, cuando se cierra una puerta se abre una ventana. Siguiendo, por favor.

Mientras se aleja, los chirridos del metal decrépito retumban por la oficina. “¿Dónde se esconde la suerte?”, se pregunta mientras busca una montura que pueda llevarlo de vuelta a las cuatro paredes que configuran su existencia. Pero no encuentra respuesta en ninguna de las voces que estallan en su cabeza ni en las miradas extrañas de los transeúntes, que van desde la risa hasta la más descarada lástima de unos seres que se encuentran demasiado imbuidos en su propia gesta y no tienen tiempo para apartar la vista del camino estipulado y ayudar a un viejo chiflado: ya no es época para las grandes aventuras, hoy solo toca sobrevivir.

Dormir y que la resignación de la derrota abarque las cuatro esquinas del habitáculo, revolver hasta el último rincón no sirve ya de nada, la cordura le dice que confíe en el infinito mientras vuelve a tirarse encima de la cama. Allí, en su reino particular, una vez se duerma, volverá a ser uno más, el mismo que antes de tener que emprender este viaje de forma obligada. Su intuición le asegura que allí no tendrá que volver a preocuparse del desahucio. De manera provisional, la cordura volverá a inundar la vista cansada de su despertar, por lo menos será libre en ese cautiverio onírico hasta que el insomnio vuelva a arañarle los párpados y le desee buenos días...

EL DESTINO SIEMPRE TIENE LA RAZÓN

ALEXIS GALCERÁN QUERALT

SEGUNDO ACCÉSIT
EDICIÓN DE 2016

ESTAMOS SOBREVOLANDO con perspectiva de pájaro la ciudad de Berlín por la noche. Tras recorrer ciertas calles de la ciudad, nos detenemos ante un pub que está sobre los cimientos de lo que durante la Segunda Guerra Mundial fue Cancillería del Reich. Estamos en el invierno del año 2016, y todo parece indicar que esta noche no tendrá nada especial para el camarero habitual del establecimiento Haus des Volkes.

En el pub están recogiendo después de un día duro de trabajo. Sólo quedan dos personas de avanzada edad, diría que jubiladas, sentadas en el rincón izquierdo del local, apurando su cerveza mientras discuten los detalles del partido de fútbol que ha terminado hace escasos minutos. Nuestro camarero, Abraham, está recogiendo y limpiando varios objetos dentro de la barra.

De repente, la puerta de madera maciza del establecimiento se abre, y la calidez del ambiente se rompe al son de una pequeña brisa acompañada con algunos copos de nieve. Abraham levanta la vista y mira hacia la puerta principal de donde sale la silueta aparente de un hombre. Este se acerca a la barra del pub medio cojeando y sin levantar la cabeza para ver el interior del local. Tiene un aspecto peculiar: viste una gabardina que casi le tapa todo el cuerpo, acompañada de un sombrero de color gris claro y unas gafas de color negro tras las que parece ocultarse de algo o de alguien.

El hombre quijotesco llega a la barra, se sienta en una de las sillas y le pregunta a nuestro camarero cómo se llama.

—Abraham —le responde el muchacho—.

—Un nombre curioso... Yo me llamo Elías. ¿Me podrías poner una cerveza?

El chico le sirve de inmediato; sabe que es tarde y no tiene por qué hacerlo, pero por otro lado quiere acabar aquello cuanto antes.

—¿No ha tenido un buen día? —insiste Abraham al ver la expresión de su cara—.

—Podríamos decirlo así.

—Si me cuenta algo que me sorprenda, le invito a esta ronda. No me gusta ver a mis clientes así.

—¿Seguro que quiere perder? —tercia Elías con sorna—. Tampoco me creería...

El camarero, dejando los vasos en el lavavajillas, se le acerca para escuchar su relato.

La historia prefiere las leyendas a los hombres, y mi vida ha pasado a ser una leyenda, puesto que ellos así lo quisieron. Todo empezó en julio del 1914, sí; todo empezó en los malditos días del inicio de la Primera Guerra Mundial. Recordaré esos días el resto de mi vida.

Yo, en esa época, era sargento de la segunda división de infantería al servicio de la República Francesa y tenía responsabilidades directas sobre el campo de batalla. Me informaron de lo que había sucedido y estaba sucediendo en Europa. Podía sentir en mis carnes las garras del nuevo depredador, Alemania. Todo el mundo podía imaginar lo que a partir de entonces tendría lugar. Tenía que ir al cuartel general del mariscal de campo. Como no estaba muy lejos, salí del cuartel corriendo.

En medio de una tarde nublada y fría, estaba yo dirigiéndome a través de los campos de maíz hacia el cuartel del Estado Mayor. Una vez llegué a la entrada, observé que afuera había un solo coche, algo extraño teniendo en cuenta los hechos; a su lado, unos soldados parloteaban en voz baja fumando unos cigarrillos. De ellos, solo recuerdo a uno por su ralo cabello rucio. Decidí entrar en el cuartel, ya que la puerta estaba abierta. Pero no había nadie. Todo estaba a oscuras. Entre aquel inmisericorde silencio y el frío de la tarde, no se oía ningún ruido de voces ni de pasos. Entonces,

cuando pasaba por delante de las grandes escalinatas que llevaban al segundo piso, vi una luz que atravesaba el corredor de arriba.

Empecé a subir con precaución, pero todo estaba igual. Tanto a mí derecha como a mí izquierda estaba todo silencioso, pero a lo largo del corredor observaba que había una luz parpadeante que venía del interior de una de las habitaciones.

Era una situación tensa y todo parecía presagiar una amenaza, pero me aproximé a la puerta. Una vez dentro, la luz desapareció. De nuevo me sentí atenazado por el palpito oscuro que provenía de uno de los dormitorios principales. Observaba que había un ruido de fondo, algo que murmuraba sin cesar. En eso, me sorprendieron los objetos que había en la habitación, encima de un mueble, entre los que había una caja sorpresa. Una vez el ruido se había consumado, apareció un muñeco siniestro de su interior. Se trataba de un payaso que tenía parte del rostro derecho fracturado. Al aproximarme al muñeco, se le encendieron los ojos y cobró vida, me miró atentamente y de golpe se lanzó sobre mi cara con una risa pavorosa.

Todos mis intentos por quitármelo de encima fueron vanos, porque cada vez que tiraba de él crecía mi dolor. De un solo golpe lo lancé contra el espejo alto de la habitación y se soltó, pero entonces observé que, a pesar de mis esfuerzos por liberarme, no podía huir; parecía mentira, pero estaba dentro del propio espejo y no había remedio. Entonces el bufón se aproximó a paso de pato, todo sonriente, y poniendo una mano sobre el cristal, es decir, delante de mí, y me dijo:

—Esta nación debe estar gobernada por hombres, no por monstruos.

De repente me desperté. Un golpe de arena había salpicado mi cara, mientras el ruido de una granada de mano me devolvía a la realidad. No podía creer lo que me había pasado, pero no era tiempo de pensar. Lo cierto era que estaba en una trinchera y todo aparentaba que estaba en pleno fragor de una acción de guerra. Intentaba correr por los largos laberintos del foso para intentar encontrar una respuesta coherente a todo, pero en lugar de eso me encontré con un soldado herido que estaba sangrando sin cesar. De repente, empecé a llamar a los médicos de la trinchera, pero en lugar de ellos se me aproximó un soldado alemán que, con la mirada fija

en mi rostro, estaba a punto de disparar. No sé explicar qué hice, o como fue, pero me teletransporté segundos antes de que el soldado enemigo me disparara.

Ahora era yo el que se había convertido en aquel soldado alemán que tenía en el punto de mira a unos soldados franceses, uno de los cuales estaba gravemente herido. El espacio era el mismo que antes, pero a la inversa. Decidí disparar a los dos soldados, a la vez que detrás de mí aparecieron más reclutas al servicio de Paul Von Hinderburg, y de la gran Alemania. Comenzó la gran insurrección sobre la trinchera francesa, haciendo desaparecer a todas las almas que todavía respiraban.

Allí estaba yo, parado, inmune a la situación que estaba viviendo, mientras uno de los oficiales alemanes me pegaba con la suela de la bota para indicar que continuara. Y así lo hice. No tuve piedad con los soldados franceses que pasaban delante de mí como muñequitos de feria. Al terminar la operación me dirigí sin tardar al campamento central, donde me esperaba mi superior. Este me felicitó por mi tarea, aunque en mi interior nada de lo que había hecho era motivo de orgullo, sino de conmisericordia por una acción que yo atribuía a la confusión y al instinto de supervivencia. En esto, el general prendió del lado izquierdo de mi uniforme la cruz de hierro al mérito militar, a la vez que, con voz altiva, me decía que podía sentirme orgulloso de mi linaje ario. De repente, entró otro soldado con cara nada disimulada de satisfacción y de odio en su interior. Se situó a mi lado con la figura firme y el ademán altivo. También se le entregó una cruz de hierro en mérito al trabajo realizado en el campo de batalla. Su nombre no se me olvidó: se llamaba Adolf Hitler. Los dos nos dirigimos al bastión que habíamos conseguido de los franceses. Aquella cena improvisada para el conjunto de la tropa no la recordaré por el mal sabor de unas lentejas inmundas, sino por las palabras pronunciadas por aquel joven soldado llamado Hitler..., unas palabras que parecían sórdidas melodías dispuestas a hipnotizar a su auditorio.

Esa noche, lo recuerdo muy bien, tuve un sueño que no podré olvidar mientras viva. En él -sin duda una señal- se me presentó de nuevo el espacio de la habitación, pero esta vez yo ya no estaba dentro del espejo,

atrapado y sin poder hacer nada. Delante de mí tenía el mismo payaso mirándome, pero ahora sin ni siquiera una sonrisa.

—No puedes salvar al mundo y aquellos a los que tienes cierta estima; tienes que elegir: salvar al mundo o matar a Hitler. Esta —Concluyó el muñeco siniestro— es tu misión.

De repente me desperté. Era ya por la mañana y se podía observar movimiento por parte de las tropas. Me di la vuelta y él no estaba; Hitler ya no estaba allí, su cama estaba vacía.

Me aproximé a la sala central, donde estaba el oficial de trinchera, y pregunté por él. Me dijo que lo encontraría en la tercera sección, y allí me dirigí. Lo reconocí de inmediato; estaba solo con un pequeño perro de color blanco moteado con manchas de color negro. No lo dudé ni un segundo: cogí mi pistola, me aproximé a él, y le dije:

—He matado a muchos monstruos y no me importaría volverlo a hacer.

Este es mi relato señor Abraham, pero supongo que pensaré que estoy borracho.

—¿Y qué hizo?, ¿Lo mató? —inquirió el camarero—.

—¿Es que usted no conoce la historia de su país?

—Claro que la conozco, solo me estaba asegurando de que tuviera sentido. Es posiblemente el mejor relato que me han contado nunca a las dos de la madrugada. Se ha ganado sin duda la cerveza. Pero cuénteme algo, ¿cómo es que aún está vivo?

Entonces Elías sacó una pistola, cargó el arma, se la puso en la boca, y se disparó acto seguido. No pasó nada, la carne destrozada por la bala se regeneró de inmediato.

—Es el precio que hay que pagar —añadió— por no seguir nuestro destino.

FRAGMENTOS DE UN NAUFRAGIO
SIN RESPUESTA

ROSA MARÍA CONESA CORTÉS

PRIMER PREMIO

MODALIDAD DE ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2017

*D*ESPUÉS DE *ignorar las cálidas luces de alarma:*

Vi galaxias en tus ojos. Tomé el primer cohete que me llevase al lunar de tu omoplató derecho y aterricé sobre mis diminutos pies que anduvieron los senderos hasta tus pulmones, desviándome del camino, para así respirar el oxígeno que inspiras.

Caminé hasta tu mano izquierda, con la que sueles escribirme, y dejé entre unos pliegues una de mis cartas del futuro en la que retiro mi promesa de estar siempre a tu lado. Sé que no te gustará leerla en microscopio, pero también sé que no podré cumplirla.

Soy como los niños que juran portarse bien mientras que, en su habitación, les arrancan la cabeza a las muñecas de su hermana menor.

Prometí sabiendo que no se podía cumplir.

Luego, nadé por tu boca hasta llegar a tu campanilla y colgué otra de mis cartas que encontrarás cuando tosas mientras lees la epístola anterior. En esta me excuso por mi error contigo, con mil y una palabras llenas de encaje blanco, tejidas con esmero y delicadeza para contrastar con tu dolor. Te relato la forma en la que he aprendido a no creer en las promesas desde que yo he dejado de cumplirlas.

Soy como el asesino que en su juicio confiesa ser el culpable y su psicólogo explica que el crimen fue cometido porque el ser más querido del criminal fue asesinado.

Ojo por ojo.

Rápidamente, me fui a tu oreja derecha, aquella que sueles rascarte cuando sientes que los nervios te devoran desde el interior. Entre tu pen-

diente negro y el lóbulo dejo la última carta de este día, sabiendo que la segunda la vas a considerar palabrería y basura. Esta última te dejará pensando porque está en blanco.

Sabrás que ahora te toca a ti viajar a mí y escribirme para arreglar mi universo. Eso sí, tienes ventaja, porque tus cartas siempre las recibo en mi corazón y te sabes el camino con los ojos cerrados. Incluso lo tienes muy fácil, ya que, con dos palabras que has utilizado alguna vez, reparas mi universo.

Me volverás a tener en ti si sabes cuáles son.

Te viajo demasiado, June.

Horas después de perder la solución de metal al volver el problema de plástico:

Hoy quiero viajarte un poquito más allá de lo rutinario, aparecer de nuevo entre las manecillas de tus órganos y traspasarte como solías permitirme antes de incendiar nuestro futuro.

Para comenzar, me pongo el traje de astronauta y me llevo las llaves de casa como aquel que solo va a bajar la basura en pijama durante la noche y como aquel que solo quiere estar consigo mismo, ni móviles ni compañías innecesarias.

Tomé el primer cohete que me llevase a tu cabeza llena de gritos y cristales vía transversal y vertical. Hacía un poco de frío aunque el verano asomase su hocico; sería que me faltaba ese foco que me dejase descongelar mis pies.

Saqué el mapa de tu cuerpo que yo misma había diseñado después de tantas investigaciones y mi vista se fijó en los puntos marcados en rojo; aquellos rincones de ti más frágiles y peligrosos como tus manos o tus entrañas. Alguien que te conozca como yo sabrá que tomarte de la mano es para ti como dormir sobre nubes de algodón de menta (tu sabor favorito), la mayor sensación de seguridad que puedes experimentar. Y tu corazón... ¿qué decir del órgano vital que nadie a estas alturas pueda ya intuir? Solo que es un recóndito lugar al que ya no me dejas entrar.

Tomé todos los desvíos que llevaban a tu corazón por las montañas de tu cuerpo y los valles de tu dermis pero ninguno funcionó. Caminé. Corrí.

Salté. Nadé. Buceé. Escalé. Descendí. Me caí. Me levanté. Volví a caer. Volví a levantarme tres veces, por si las moscas.

Llegué a tu ancho y ligero pecho en el que deseaba tanto poder dibujar como hago sobre un simple papel... porque el pecho es vulgar, pero el hecho de que lo poseas tú lo hace singular. Desde allí, llegué a tu pulmón y me perdí entre tantas arterias y venas; olvidé las clases de biología para aprenderte de memoria y dejar de traerme tantos apuntes en cada viaje.

No había nada interesante por ahí, así que salí al exterior. Me ahogaba. El oxígeno se me empezaba a agotar. Busqué otros caminos a tu corazón, pero no había manera. Sin embargo, recordé lo de tu mano. Y corrí lo más rápido posible hasta tu mano izquierda.

Y uní nuestras manos temporalmente.

Temporalmente alcancé tu corazón.

Observé la cavidad roja, llena de pasión, cicatrices, tiritas y partituras porque a todos nos duele lo mismo. No obstante, no voy a hacer lo mismo que hiciste tú cuando llegaste al mío: romperlo todo pensando que habría alguna garantía que cubriese aquel desastre.

Yo te cosí las heridas que todavía no estaban cerradas del todo, ordené las partituras en dos grupos: las que podías escuchar porque te recordaban algo que habías superado y las que no podías escuchar porque te dolían desde la primera nota musical. Utilicé piezas de mi propio órgano vital, así de boba fui y así de boba te quiero.

Con el paso de las horas, todo estaba perfecto allí dentro. Pero el mío había perdido hasta el color. Y en vez de permitirme quedarme contigo, ahí, juntos, me echaste, me arrojaste, me desterraste a otras tierras que no fuesen las tuyas, sin importarte en lo más mínimo yo.

Aun así, si me quedan fuerzas después de esto, te volveré a viajar, June.

Para este cielo ya no tengo tiempo:

Necesitando galaxias pensé en viajarte otra vez, en ese estado de confusión mental me era imposible saber qué planetas debía conquistar. Como una boba, tragué amargo y me dirigí al cohete que me llevase a ti de nuevo. Como hacía días que no te visitaba, me vestí de incógnito para pasear por los lugares en los que no te percaste de mi papiroflexia.

Descubrí cómo te iluminabas ese día, encontrándote descansando sobre ti mismo, un veneno tan dulce al que yo ya parecía ser inmune. Te exploraba como si explorase un recuerdo que ya no me hacía delirar.

Paseé por tus colinas obligada por mi conciencia, siguiendo con la mirada apagada y desnuda todos los carteles que había colocado en ti, difuminados por el olvido y el cansancio de haber talado bosques para seguir escribiéndote.

Tu piel tan cálida y yo tan fría, lograba congelar cada rincón que tocaba con mi meñique derecho, aquel con el que te prometí tanto y cumplí tan poco. Era seguir congelada o congelarte a ti (también, ya que yo iba a seguir así).

Los senderos estaban despejados, no necesitaba mapas para llegar a tu llanto tan ausente y árido. Intenté llorarte allí, pero, como una estatua negligente, no logré cumplir mi cometido de dejarte un sabor a sal y a rosas.

No tenía cartas que darte o esconderte en esquinas de la perfección que codiciaba, ni gritaba en silencio. Solo miraba, inerte, cada célula que formaba parte de nosotros, es decir, ninguna.

No quedaba nada de nosotros.

Tu recuerdo dejó de alimentarme, por eso dudaba en viajarte de nuevo. Por el simple hecho de que alguien tan inalcanzable como el cielo siguiese siendo tan inaccesible después de mil y una noches viéndolo pasar y viéndolo querer.

No te olía, no te saboreaba. No me interesaba romper mis uñas en tu espalda ni dejarte cardenales ni regalarle mi llanto a tu almohada. Te veía gris, aunque supiese con exactitud que tenías color.

Puede que no te viaje más, June.

COMPAÑEROS DE VIAJE

AXEL LAPUERTA COLL

SEGUNDO PREMIO

MODALIDAD DE ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2017

¡BUENOS DÍAS! Suena el despertador. Son casi las seis de la mañana. Ha llegado el gran día, el día que he esperado tanto. Mi sueño está a punto de hacerse realidad.

Qué nerviosa estoy. No lo puedo evitar. Y ya tendría que estar preparada.

Me apasiona viajar, descubrir parajes nuevos, conocer a diferentes personas, vivir experiencias. Son estos pequeños momentos los que dan sentido a mi vida, los que la hacen grande. He ido a muchos lugares y de cada uno de ellos me he llevado gran cantidad de recuerdos, algunos inolvidables y otros que prefiero no recordar.

Tengo que reconocer que, si no fuera por Andrés, nunca hubiese salido de casa. No hubiese viajado todo lo que he viajado.

Nos conocimos en una tienda de material deportivo hace ocho años. Andrés las miraba a todas y cuando posó sus ojos sobre mí... cayó rendido a mi encanto. Fue un flechazo, un amor a primera vista. Desde ese día quiso que yo fuera su compañera y a mí también me gusta estar a su lado. Confía en mí y yo en él. No puedo imaginar lo aburrida que sería mi vida si estuviera encerrada en casa, viviendo la rutina del día a día y alejada de Andrés.

Andrés es buena persona. Tiene sus cosas, no voy a decir que no. Se enfada a veces, pero siempre terminamos haciendo las paces. A mí no me gusta discutir y dejo que se tranquilice. Estoy orgullosa de él, pero tengo que reconocer que en algunos momentos me pone de los nervios.

Compartimos muchas cosas en común y eso nos mantiene unidos. Lo que más nos gusta a los dos es viajar, nuestra gran pasión.

Un tiempo antes de conocernos habían diagnosticado un cáncer a Andrés. Había estado haciendo tratamiento de quimioterapia y, al terminarlo, no se lo pensó dos veces y decidió aprovechar cada instante. Antes era una persona que no valoraba las cosas y vivía sólo para trabajar. Andrés cambió. Su enfermedad lo hizo cambiar. Por lo que cuenta a veces, nada tiene que ver el Andrés de ahora con el Andrés de antes. Me alegro mucho por él, porque ahora es todo lo contrario, una persona fuerte y con ganas de vivir. Ahora Andrés hace realidad sus ilusiones, los sueños que siempre había tenido y en especial su deseo de viajar. Bien, no me alargo más hablando de la vida personal de Andrés, puesto que toca hablar de las experiencias que hemos vivido juntos.

Una de las cosas que no me gusta nada son esas prisas que se crean cuando sales de viaje. Los taxistas que te tratan como a una cualquiera, los mozos de los aeropuertos que alguna vez incluso me han lastimado. Una vez alguien me dijo que era una “sin nombre”.

Suerte que Andrés siempre me defiende y no quiere apartarse de mi lado, pero a veces cae también en ese estrés que atrapa a todos y me coge de cualquier manera para que permanezca cerca de él y no me pierda.

A veces se le cruzan los cables y me da una patada diciendo que siempre estoy por medio. Una vez incluso me dejó esperando en el sofá de casa y se olvidó de venir a buscarme. Pero tuvo su castigo. Ya lo creo. Como soy la encargada de llevar los billetes tuvo que volver a buscarme ya que no pudo irse sin mí.

Que soy pesada, me lo dice casi siempre. Mal fachada, me aflige también mucho. Que estoy sucia o que llevo manchas... ¡Cómo me duelen esas palabras! Si no encuentra las gafas de sol, soy yo la que tiene que saber dónde se encuentran. Que pierde las llaves, yo tengo la culpa. Que tiene una camiseta arrugada, yo la culpable.

¿Divorciarnos? No. ¿Qué haría Andrés sin mí? Sabe que, si me deja y se busca otra, pasará lo mismo. No soy yo, es él el culpable. Lo cierto es que todos tenemos nuestras cosas.

Al fin y al cabo todo esto se vuelve en anécdotas con el tiempo y nos terminamos riendo.

En el fondo a Andrés le gusto mucho. Siempre oigo que, cuando volvemos de algún lugar, les dice a sus amigos que soy la mejor compañera que ha conocido. Cuando les dice esto, se me suben los colores. Sí, sí, no lo puedo evitar. Les cuenta que qué haría él sin mí. Lo cómodo que se siente a mi lado y esas cosas que tanto me gustan oír.

¿Qué quién soy? ¡Es verdad! No me he presentado.

Soy una mochila, la mochila roja de Andrés. La que siempre lleva encima en sus viajes.

Eh, ¡nada de desprecios! No soy una vulgar mochila. Tengo diez bolsillos, alguno secreto. Tengo también cinco cremalleras.

Vale, vale. No entro en detalles. No voy a explicar ni el material del que estoy hecha, ni mis puntos fuertes, ni nada de eso, pero sí que soy especial. Especial porque durante ocho años y algo más he compartido la vida con Andrés.

Aunque lo nuestro fue un enamoramiento instantáneo, el principio de la convivencia es difícil.

La primera vez que salimos juntos de viaje fue tras la última sesión de su tratamiento. Un lugar cerca, para que Andrés no se agotara. Y cuántas ilusiones puestas en esa salida a Mallorca. Cuántas cosas me confió. Desde su medicación hasta su dinero. Y, ¡cómo disfrutamos! Del viaje en avión, del hotel, de los paseos por la playa, del sol y del mar, de alguna noche loca...

A medida que se iba encontrando mejor se alargaban los días y los destinos.

Cada vez mayor seguridad por parte de los dos. Mayor compromiso y mayor complicidad. Menos miedos. Más intimidad compartida. Risas y también alguna lágrima que se escapó. Confesiones en silencio...

Y, por fin, hoy vamos a hacer el gran viaje. Ese esperado viaje desde hace tanto tiempo. Planeado paso a paso. El mayor viaje de nuestra vida y... el último de la mía.

Sí, con este viaje Andrés y yo nos despediremos. Noto que los años pasan y no soy la misma que hace ocho años. El tiempo pasa y todos lo

notamos. Tengo menos energía, no puedo llevar tanto equipaje dentro de mí. Estoy desmejorada, reconozco que muy desmejorada. Mi color, mi forma... no es lo mismo. Andrés lo sabe y yo también. Ha llegado la hora de disfrutar como nunca y después decirnos adiós. He acompañado a Andrés en todo el proceso de recuperación y curación. A él le han dado el alta y a mí, muy pronto, la baja. Eso sí, en el interior de mi corazón sigue y seguirá siempre vivo el espíritu aventurero.

EL VIAJE

LI WENHAO

PRIMER PREMIO

MODALIDAD DE ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2017

“**T**ODAVÍA RECUERDO que, cuando era niño, teníamos un gatito en la casa. Maullaba como un bebé y caminaba azarosamente por la casa con su cola poblada y alzada. Cuando caía la noche, siempre se metía en mi cama. Sólo de esta manera podía dormir bien”. Los recuerdos de mi padre que me contó antes pasan por mi cabeza como un relámpago. En este momento suena una voz firme de un azafato que nos recuerda que llegaremos muy pronto al destino. También nos ha mencionado sobre el tiempo actual de Holanda, un país con el que he soñado tantas veces que me cuesta distinguir entre lo real y lo fantástico en las películas. “Como todavía eres joven, tu cuerpo, o bien tu alma, uno de los dos tiene que estar en el camino”. Pienso en este consejo que he leído en un libro, así que, con una mochila, una pequeña maleta y un corazón aventurero, emprendo un viaje solo en un país lejano y totalmente desconocido. Tengo todo preparado para enfrentar cualquier tipo de dificultad posible, menos una: nunca imaginaba que haría aún más frío que en la ciudad en la que vivo.

Como ya son las cinco de la tarde cuando llego al aeropuerto Schiphol de Ámsterdam, lo primero que hago es buscar la estación de tren para luego ir a alojarme con una familia holandesa con la que he contactado por internet. Una de las razones por las que he elegido este país como destino es por la alta popularización del inglés. Así que, tras haber preguntado a un empleado de la estación, me las he arreglado y cojo un tren para Beverwijk, un pequeño pueblo cerca de la capital. Apenas bajo del tren, me sacude un escalofrío que recorre por todo el cuerpo. “¡Qué frío, caramba!”. Arrastrando la maleta por el suelo con el paso precipitado, emprendo la

búsqueda del hospedaje. Al cabo de media hora, descubro que he estado dando vueltas por esta zona. Entonces no tengo otro remedio que acudir a cualquier caminante que pueda encontrar por allí. Ya es hora de cenar. Mirando a las familias sentadas a la mesa junto a la estufa con las sonrisas felices en la cara, empiezo a sentir por primera vez la añoranza por mis padres y abuelos de mi tierra natal. ¿También estarán cenando juntos a la mesa? Con la ayuda de un abuelo muy simpático, por fin encuentro la casa del número 24. Es un chalet blanco de tres pisos rodeado por otros similares. Como se está acercando el Año Nuevo, casi todos están decorados con iluminaciones y árboles de Navidad. De vez en cuando se pueden oír villancicos indistintos y el sonido de fuegos artificiales en el aire. Al llamar al timbre, alguien me saluda calurosamente: “Hola. ¡Por fin has llegado! ¡Bienvenido!”. Luego me presenta a su hija, Luna, y a su hijo, Hiper. Después de haberme explicado la ubicación general de las habitaciones, añade, “Ah, otra cosa, tengo tres gatitas en la casa. Espero que no te molesten”. “No, no. ¡Qué va!”. A decir verdad, ésta es la primera vez que vivo con una familia extranjera, sobre todo con una con mascotas. Pero lo que realmente me ha impresionado es este gran chalé tan bien amueblado y lleno de la atmósfera familiar. Es justamente la casa de mis sueños.

Luego Esther me invita a cenar juntos. Veo que una gata está dando vueltas ansiosamente ante la puerta, le ayudo a abrirla. Como agradecimiento, se frota contra mis tobillos, primero con la cabeza, luego con el flanco y, finalmente, con la cola. Después se va al jardín caminando en forma elegante hasta que desaparece de mi vista. Es una gata gordita con los pelos de color blanco y negro. Me explica la dueña: “Se llama Princesa, porque es muy caprichosa y misteriosa. Nunca se sabe adónde ha ido por la noche. Pero qué encantadora es, ¿no? Por desgracia mi marido falleció hace unos años. Y mis hijos ya se han vuelto mayores. Entonces las adopté para no sentirme tan sola en casa. Ahora son mi ojito derecho”. Cuando me cuenta sobre las anécdotas interesantes de las gatas, sus ojos se llenan de cariño. Es verdad. En una vida tan corta, los que realmente nos acompañan son tan pocos que cada uno de ellos merece ser tratado con mucho cariño.

Los días siguientes he visitado varios lugares de interés de Holanda: desde Zaanse Schans, el pueblo famoso por sus molinos de viento, hasta el parque más grande de este país, el Parque Nacional de Van Gogh; desde el Río Ámstel, el río que atraviesa toda la ciudad de Ámsterdam, hasta la estación de tren de Haarlem, la más bella, más artística y más antigua de todo el país. Cada lugar me ha dejado totalmente boquiabierto por su atractivo, su salvajismo y su armonía. Sin duda alguna, merece la pena visitarlos otra vez. Pero lo que realmente me hace sentir alegría, felicidad y paz es saber que, a pesar de cuán lejos viaje, siempre hay una luz que se enciende por mí en este país lejano y desconocido. Quizá éste es el sentido real de la casa y de la familia. Cada día, cuando regreso al chalé, charlamos, reímos y jugamos con Princesa, Nina y Dafne como si yo fuera un miembro de la familia perdido que, tras muchos años, por fin ha vuelto a casa.

Como ésta es la última noche que me quedo en la casa, charlamos brevemente y terminamos pronto. Pienso despedirme de las gatas también. Pero, como Princesa no está en casa, quizá haya vuelto a su reino. Entonces vuelvo al dormitorio, ya que mañana tengo que madrugar.

Suena el despertador a las cuatro de la madrugada. En el momento que abro la puerta, Princesa entra elegantemente y me saluda frotándose los tobillos. Parece que ya lleva horas esperando ante la puerta de mi dormitorio. Camina olfateando toda la habitación y luego se recuesta delante de mí. La acaricio ligeramente con la mano desde la cola hasta la cabeza como hago siempre. Al escuchar ronroneos felices de Princesa, me cuesta aún más salir de la casa. Al final, ella se va, satisfecha. Y Esther me abraza fuertemente para despedirme como si el hijo nuevo encontrado fuera a emprender otro viaje.

¡Seguro que volveré algún día! Me lo prometo a mí mismo.

TAXIDIA

OLGA ALGABA PERALES

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2018

“**M**E LLAMO Drys y siempre me han gustado las estaciones del año. Con toda certeza podría preferir la primavera al verano, aunque nunca antes que el otoño, por supuesto. Habrá a quien le resulte indiferente, pero las estaciones del año son fenómenos un tanto curiosos; ellas me han ayudado a aprender, pero, sobre todo, a crecer.

De pequeño quise ser superhéroe: Drys, el volador. Aunque, para entender mis superpoderes, debería remontarme a aquella tarde de verano. Aunque desde un primer momento no lo pareciese, tengo que admitir que aquella fue una de las tardes más divertidas de toda mi vida. Aquel día, mi mejor amiga, Puli, se había despedido de mí, se volvía a marchar de viaje. Los viajes de Puli suelen ser largos y, aunque siempre regresa, cuando no está, la echo de menos.

Aquella tarde estaba triste, pero un grupo de chicos interrumpió el silencio y no tuve más remedio que prestarles atención. Paul, Marcos y Rubén, así se llamaban. La verdad es que me llamaron la atención desde que los vi llegar. Mejor dicho, desde que los oí llegar. Rubén y Marcos corrían de un lado para otro escondiéndose detrás de los árboles a modo de escudo protector. Mientras, Paul les disparaba rayos láser por los ojos, simulando el ruido con sonidos estridentes aleatorios. Aunque los chicos les habían dicho a sus padres que iban de excursión, habían querido pasar la tarde aquí, en el bosque azul, para leer cómics.

Poco a poco empecé a prestarles más atención, sobre todo cuando extendieron un mantel de cuadros blancos y azules sobre el suelo. Allí se

sentaron los tres y comenzaron a sacar cómics y cómics de dentro de sus mochilas del colegio. Marcos fue el primero en levantarse de un salto y gritar: “¡Marcos, el invencible!”, mientras exhibía uno de los cómics con las manos en alto. “Marcos, el invencible es capaz de viajar en el tiempo. Puede retrasar los minutos para no madrugar jamás. Puede detener el reloj del colegio y entregar los deberes a tiempo. Puede adelantar el tiempo para no volver a hacer un examen nunca más. ¡Es Marcos, el invencible!”.

“Marcos, el invencible”, pensé. Aquel chico me pareció un genio. Había conseguido darle la vuelta a sus preocupaciones, convirtiéndolas en un superhéroe capaz de combatirlas.

“¡Yo soy Rubén!”, gritó el otro muchacho mientras se colocaba un antifaz negro sobre los ojos. “¡Rubén, el solitario! Su cuerpo es capaz de encogerse hasta llegar a la altura de un ratón. Puede menguar cuando hay peligro y esconderse. Puede protegerse de su padre. Puede huir de él. Puede desaparecer.” Rubén se quedó callado. Había transformado sus miedos en un superhéroe.

Rompiendo aquel silencio, Paul dio una voltereta hacia atrás y comenzó a atacar a los superhéroes disparando rayos láser, pero esta vez desde un par de pistolas invisibles.

Me quedé mirando a aquel grupo de muchachos desde la distancia y decidí crear mi propio superhéroe. Y así fue como una tarde de verano me convertí en Drys, el volador, capaz de recorrer miles de kilómetros sobre el cielo con su amiga Puli.

El verano me gusta, no lo voy a negar. Abundan las risas y la alegría de los niños. Es ese momento del año en el que se comparten más vivencias que terminan convirtiéndose en grandes anécdotas. Me gusta el verano. Pero el otoño es, sin duda, mi estación favorita.

Recuerdo una mañana de otoño de hace un par de años. Me despertó el sonido de una hoja color canela cayendo sobre el suelo. La verdad es que siempre he tenido el sueño ligero, pero en este caso era especial: era la primera hoja de otoño.

Aquella mañana fue especialmente rara. No tenía previsto encontrarme a nadie por aquí, pero ahí estaba él. Un chico delgado sentado a un par

de metros de mí. Recuerdo perfectamente cada centímetro de su cuerpo, cada detalle en su vestimenta, cada palabra mencionada. Pero lo que nunca supe fue su nombre. A día de hoy me sigue dando rabia no saberlo. Debí habérselo preguntado.

Aquel chico estaba sentado a mi lado. Aprovechaba la sombra que le daba para resguardarse de los últimos rayos de sol del verano. Recuerdo que vestía con unos vaqueros negros muy ajustados a sus piernas, un jersey de lana gris y una chaqueta vaquera ancha y rota. Tenía una manía un tanto extraña, y es que cada dos minutos se rascaba el pelo y giraba la cabeza, como vigilando a su alrededor. Parecía estar alerta. Yo no le dije nada y me quedé observándolo; me había llamado la atención.

Me sorprendió muchísimo cuando le escuché titubear. Al principio pensé que intentaba hablar conmigo, que me había pillado mirándolo y quería pedirme explicaciones. Pero no, el chaval estaba hablando solo. La verdad es que había conseguido ponerme nervioso, pero en seguida me calmé cuando comencé a ver lo que sacaba del bolsillo de la chaqueta vaquera. “Dicen que está mal”, dijo abriendo una caja gris, “pero a mí me hace bien”. Me fijé aún más en su cara. Tenía la tez pálida y dos grandes ojeras en la cara. Aunque lo que más resaltaba eran sus profundos ojos verdes.

Con cuidado agarró un pequeño frasco de cristal y lo dejó en el suelo para posteriormente sacar, con aún más cuidado, una jeringuilla del interior de la caja. “No es que no me entiendan, es que no quieren entenderme”, soltó el chaval con voz sorprendentemente firme. En menos de un minuto, agarró la jeringuilla, extrajo un poco de líquido del frasco de cristal con ella y lo volvió a dejar en el suelo. Se remangó la manga izquierda, dejando la mano libre de tejidos, y se inyectó ese líquido entre los dedos. “Me culpan a mí, pero es todo culpa suya”, gritó el chico entre escalofríos.

Aquella afirmación me llamó tanto la atención que tuve que preguntarle. “Disculpa, pero ¿qué es culpa de quién?”. El chaval se sobresaltó. Normal, él esperaba estar sólo. Me miró ojiplático unos segundos, pero en seguida me respondió. “Mi felicidad; es culpa de ellos que ya no esté”. A lo que volví a indagar: “Si ya no está, entonces ¿qué fue para ti cuando la

tuviste?”. El chico agachó la mirada, se rascó la mano izquierda y susurró “Mis padres”.

Me contó que, cuando era pequeño, su padre lo llevaba hasta la puerta del colegio y allí se despedían. Por la tarde, lo recogía su madre, que siempre lo esperaba junto a la farola del parque de delante del colegio. Cada tarde le sorprendía con una nueva merienda, aunque su preferida eran los agujeros de Donut's glaseados con azúcar y un zumo de melocotón en brick. Siempre le dejaba quedarse jugando en el parque con sus amigos cinco minutos más y luego iban andando a recoger a su padre, que salía del trabajo. Pero todo aquello cambió y su felicidad desapareció de la noche a la mañana. Desde los seis años, su vida comenzó a girar en torno a orfanatos y casas de acogida.

“Y esto es lo único que me devuelve la felicidad. No me la proporciona, pero me hace sentir protegido, seguro, feliz. Me lleva de vuelta a casa. Luego vuelvo a la realidad, pero prefiero que la felicidad predomine en mi mente, aunque sea a base de recuerdos efímeros”, me dijo aquel chico de ojos verdes.

Y aquella tarde descubrí el poder de los recuerdos. Cómo algo que ya ni siquiera existe puede destruirte por dentro. Cómo algo tan simple y tan fugaz como es un recuerdo puede consumirte hasta acabar con tu vida, hasta acabar contigo.

Por eso no me gusta demasiado el invierno, me trae malos recuerdos. Si de mí dependiera, solo existirían tres estaciones del año. Por el contrario, a Puli le encantaba el invierno, era cuando más viajaba.

Una noche de invierno me estuvo explicando mil y una anécdotas acerca de sus viajes. Y, aunque siempre he envidiado sus alas, ella me decía que yo tenía otras cualidades. La verdad es que Puli siempre ha sido una golondrina muy modesta. Estuvimos hablando durante horas y cada historia que me contaba parecía aún más increíble que la anterior. Yo estaba muy emocionado, siempre he soñado con viajar. Aunque, desde que era pequeño y muy a mi pesar, sabía que jamás lo lograría. Aquella noche me fui a dormir triste. Aunque Puli quiso consolarme y me dijo “Aunque el otoño de la historia cubra vuestras tumbas con el aparente polvo del olvido, jamás

renunciaremos ni al más viejo de nuestros sueños”. En aquel momento cerré los ojos muy fuerte hasta quedarme dormido.

Nunca pude imaginar que me elegirían a mí. Yo, Drys, un roble centenario liderando una flota.

A la mañana siguiente, el ruido de un motor me había despertado levemente. Un grupo de hombres comenzaron a bajarse de un coche azul. Al principio me asusté, no sabía qué hacían. Vi cómo se paseaban por la maleza palpando las paredes rugosas de otros árboles hasta que se acercaron a mí. “Éste. Es perfecto”, exclamó uno de los hombres con gran alegría. “¿Yo?, ¿yo era perfecto?, pero, ¿para qué?”. Aquel hombre me acarició la corteza suavemente con las dos manos. Jamás llegué a imaginar la estricta relación de confianza que llegaría a tener con él.

Gracias al Capitán Nero renací con más fuerza que nunca, surcando ahora los mares como el mejor mascarón de proa que se haya visto jamás.

EL RAYO

NÚRIA FREIXES MIRÓ

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A. ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2018

Capítulo 1: El rayo que no cesa

AMANDA VIVÍA en un auténtico caos. Su habitación no era más que la muestra de lo desordenada que tenía la mente. Siempre había calcetines sucios por los rincones, libros amontonados por doquier, vasos encima de la mesa como creando una pequeña colección. Tenía más ropa encima de la silla del escritorio que dentro del armario. El polvo se amontonaba en las estanterías y formaba ovillos en las esquinas de la habitación. Pero eso a ella no le importaba. Había conseguido que sus padres apenas se asomasen a esa pequeña leonera, hecho que le bastaba para estar más que tranquila. Acostumbraba a estar tirada en la cama nunca hecha, con los auriculares en los oídos al máximo volumen y una libreta y un rotulador negro entre sus manos. Le gustaba dibujar, aunque a veces solo se dedicaba a hacer garabatos y formas sin orden ni sentido. Algo en su mente, tal vez la conciencia, le decía que eso tenía que cambiar. Incluso había días en los que conseguía momentos de lucidez y se dedicaba a hacer listas sobre todos los aspectos de su vida que debía cambiar: ordenar la habitación, salir a correr, ponerse al día con las clases, hacer amigos, conocer gente... Pero por la mañana, cuando el molesto despertador sonaba, todos esos propósitos se desvanecían de su mente.

Le costaba levantarse de la cama, pero lo hacía para no preocupar más a su madre, Josefa. La mujer ya había intentado en múltiples ocasiones hablar con ella y hacerle entender que no podía seguir así. Quería mucho a su hija pero eso no bastaba para ponerse en sus zapatos: Amanda no era feliz.

Josefa se enfadaba por la actitud de su hija, la culpaba por llevar esa vida sedentaria que no era común entre los hijos de sus amigas. No podía evitar comparar a Amanda con sus primos o con los otros chicos y chicas del barrio. Alfonso, su marido, se mostraba distante y frío, culpando a la adolescencia por la actitud de la Amanda. No se preocupaba demasiado por ella, ahora que su hija se había hecho mayor sentía que no podía ayudarla: él no entendía de amores, ni de fiestas, ni de temas relativos a los cambios propios de la edad y mucho menos entendía sobre cambios de humor. A pesar de las numerosas charlas que desembocaban en discusiones, Amanda sabía que su madre la quería, pero no podía confiarle el secreto que desde hacía ya varios años la atormentaba.

Día tras día ese tema era como un rayo que la atravesaba de punta a punta del cuerpo, un rayo que no cesaba nublándole todos los otros posibles pensamientos. Se sentía enjaulada en su propio cuerpo, ajena a todo lo que se suponía que debía ocurrirle. Era una ocupa de su piel, prisionera de su destino. Hace 6 años, cuando Amanda tenía 12, pensaba que el problema de su cuerpo, demasiado rechoncho, demasiado bajito era el motivo por el cual no se sentía a gusto. Pasaron 3 años y gracias al cambio hacia la adultez y a diversas horas a la semana en el gimnasio, el cuerpo de Amanda era considerado canónicamente perfecto: alta, poca grasa y el suficiente músculo. Aun así, a Amanda su cuerpo no la terminaba de convencer. Hasta que a los 15 años supo qué era lo que le ocurría, puesto que se puso a investigar y se topó con lo que ella realmente era. Desde ese momento, su forma de vivir cambió, la forma de enfrentarse a los problemas, la forma incluso de relacionarse con la gente. Le costó unos meses asumir que ella había vivido en la ignorancia de su propia identidad, pero, cuando asumió ser lo que es, Amanda se hundió, se derrumbó y no tuvo ni el más mínimo apoyo que pudiese evitarlo.

Amanda era fuerte, ya llevaba 3 años sufriendo en silencio. De los 15 a los 18 viviendo día tras día soportando el rayo que no cesa, viviendo una y otra vez detrás de una careta, escondida de ser lo que realmente es. Vivía en un pueblo pequeño y sus padres no eran precisamente abiertos de mente. Más bien eran de los que cuchicheaban descaradamente si veían a una pa-

reja homosexual darse una muestra de cariño. Amanda sabía que la querían pero tenía miedo de mostrarse tal y como era. A lo mejor no dejarían de quererla, pero las cosas cambiarían demasiado entre la familia. En muchas ocasiones había escenificado en su cabeza el momento en que les confesara su pesado y agotador secreto. Se imaginaba a Josefa apoyada en la encimera de la cocina, poniéndose bien la bata rosa de andar por casa y mirándola con ojos de decepción e incluso de cabreo. Se la imaginaba curvando los labios hacia abajo y negando ligeramente con la cabeza. También podía recrear la reacción de su padre: sentado en la silla de la cocina, con los brazos cruzados, la vista clavada en cualquier parte del suelo, con la cara roja y respirando profundamente una y otra vez. Para la chica, esa situación le resultaba aterradora.

Amanda pretendía llevar una vida normal, pero no encajaba en ningún grupo de amigos. Ella era diferente, y le costaba asumir que siempre iba a ser así. Recibía burlas, insultos e incluso alguna que otra colleja en la nuca. No veía la solución, sentía que estaba metida entre barro; si pretendía moverse y romper las cadenas que la ataban, simplemente notaba que se hundía más. Por las noches acostumbraba a llorar, incluso a veces sin darse cuenta. El rayo que nunca cesaba aparecía siempre antes de ir a dormir, haciéndole dar vueltas en la cama, levantándose frecuentemente para intentar acallar la voz. La voz que nunca calla producida por el rayo que nunca cesa.

Capítulo 2: El rayo que por fin cesó

Amanda se miraba al espejo muchas veces al día y, aun así, se sorprendía de ver lo que el reflejo le proporcionaba. Solía tocarse y palparse, asegurándose que era real lo que veía. Se tocaba las pestañas cortas, sus pómulos, la barbilla... Y con sus manos seguía explorando otras zonas. Su cuerpo era la peor condena, se le ponían los pelos de punta al pensar que realmente ese era su cuerpo.

Era el día de su decimonoveno cumpleaños. Como todas las mañanas se levantó y se dio una ducha. El agua caliente le destensaba los músculos agarrotados de las cervicales. Ese día se dedicó más tiempo a relajarse de lo normal. Sabía que, siendo su cumpleaños, tendría que aguantar llamadas interminables de sus familiares, tanto de los cercanos como de esos que apenas veía por navidad; sabía que tendría que responder muchas veces la pregunta “¿Y qué tal?, ¿cómo estás?”, y ella tendría que aguantarse las ganas de pegar voces al teléfono diciendo que estaba mal, que llevaba años, incluso tal vez toda la vida, estándolo y nadie se había dignado a lanzarle un flotador salvavidas cuando ella más se estaba ahogando.

Salió de la ducha perezosamente. Se puso enfrente del espejo para medio peinarse su pelo negro y corto y, sin querer, se le resbaló la toalla. Se quedó una vez más mirando a través del cristal empañado su reflejo. A pesar del vapor del agua y de la imagen distorsionada que reflejaba, el rayo volvió a aparecer. ¿Por qué tenía ella ese cuerpo? ¿De verdad era suyo? Empezó a llorar silenciosamente. La única parte de su cuerpo que sabía seguro que le pertenecía a ella eran los ojos. Eran unos ojos tristes, sin ningún brillo. Se quedó mirando sus ojos en el reflejo del cristal hasta que el rayo la consumió completamente y empezó a sollozar. Se sentó en el suelo frío, apoyando la espalda en el húmedo lateral de la bañera, se agarró fuerte las piernas, a la altura de las rodillas y lloró todo lo que no había llorado todos esos 19 años. Ni los golpes frenéticos e histéricos en la puerta de su madre la distrajeron. Sabía que esta vez el rayo no la avisaba de que había algo que no estaba haciendo bien, tal vez el rayo le estaba comunicando que se le había terminado el tiempo para llevar su vida de forma correcta. Amanda lloraba y lloraba, sin importar que la escucharan, incluso gritaba de vez en cuando. Josefa también lloraba detrás de la puerta, tapándose con una mano la boca para no hacer ruido. No sabía qué estaba ocurriendo, pero sí tenía la certeza de que ya hacía demasiado que duraba.

Cuando Amanda, extenuada de tanto llorar, con los ojos hinchados, la cara roja y la nariz llena de mocos se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Se volvió a poner la toalla y se dirigió a su habitación.

Su madre estaba sentada en su cama, abrazada a una almohada llorando. Amanda se le acercó y se quedó mirándola desde arriba, aún de pie. Su madre la miró a los ojos y le dio un paquetito envuelto en papel de regalo. Con las manos temblorosas la chica lo cogió y, antes de que lo pudiera abrir, su madre se levantó y abandonó la habitación. La cumpleañera se sentó en el lugar que hasta hacía unos instantes había ocupado su madre y desenvolvió su regalo. Era un collar de plata dónde había una placa con unas letras grabadas: “Se feliz, te lo mereces”. Amanda lo dejó a un lado de la cama y se vistió. No sabía qué iba a decirle a su madre, pero se encaminó hasta la cocina. La encontró en una silla, tomando un café mirando a la nada.

—Mamá... —murmuró Amanda— ¿Podemos hablar?

Su madre dio un respingo. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que ya no se hallaba sola en la estancia.

—Claro, cariño —dijo sonriendo, pero con los ojos tristes—.

—Gracias por el colgante. Prometo llevarlo siempre y recordar lo que pone.

Amanda se miraba la punta de los pies, nada segura de lo que iba a hacer.

—De nada —la madre miraba fijamente a su hija, como si fuera una desconocida y preguntó lo que más le preocupaba—. Mira cielo, sé que estas en una edad difícil, pero lo de esta mañana ha sido demasiado. ¿Qué te pasa, amor?

La chica no respondió. Temía que esos fueran los últimos momentos con su madre antes de dar la vuelta a todas las cosas.

—Mig... —empezó a decir Josefa—.

Pero, antes de terminar siquiera la palabra, la cabeza de Amanda se liberó. Seguramente se pudo haber escuchado el clic del interruptor que abría la puerta que tan bien había protegido sus secretos.

—¡No mamá! —empezó a chillar y, en consecuencia, a llorar—. No soy Miguel, mamá. Nunca he sido Miguel, ¡nunca! ¡Nunca he sido un chico! Soy una chica, me gusta pensar que me llamo Amanda y que tengo cuerpo de mujer. No sabes lo difícil que es para mí tener este cuerpo. ¡Joder, que

tengo pene! Soy una chica, mamá... No soy un chico, no me siento chico, nunca me he sentido así. Odio la barba que me sale, odio mi cuerpo, odio que me traten como un hombre. Lo odio mamá... —empezó a bajar la voz y, casi en un murmullo, añadió las dos palabras que más le dolían. Por primera vez las dijo en voz alta—. Mamá... me odio.

El rayo que la atormentaba día y noche por fin cesó.

Su madre, tardó unos diez segundos en reaccionar. Cuando por fin lo hizo, sacó la valentía que le faltaba a su hija y la abrazó.

—Mi vida, eres hermosa, no te odies. Te tienes que amar más allá de lo que la gente opina. Amanda me parece un nombre precioso, casi tanto como tú. No deberías haber pasado tanto tiempo callada. Todo tiene una solución y, si me dejas, la vamos a encontrar juntas.

Diecinueve años después de haber nacido fue cuando Amanda empezó a vivir.

DOS MANOS

YAN XIANG

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

EDICIÓN DE 2018

ERA UNA noche de otoño. En la calle la gente todavía estaba paseando con la familia, charlando. Como todos los viernes del mes, Qin decidió ir a un bar con una amiga cuando allí no había nadie sino el mesero y la propietaria.

Eran las ocho de la noche. El bar acababa de abrir y parecía no estar preparado para recibir a ningún cliente. La calefacción no estaba muy calurosa ni el mesero, pero no les importaba. Ellas se sentaron en una pequeña mesa al lado del minibar, pidieron dos sidras y empezaron a hablar de los estudios, de los malestares cotidianos.

A medida que avanzaba la noche, la música barata, el gran ruido de la gente y el humo de cigarrillo poco a poco le hacían estar incómoda e impaciente a Qin. Estaba pensado en salir cuando terminara su tercera sidra.

Era en aquel momento cuando lo vio. Un par de ojos como la mar, sonriendo. Le sacudieron tanto a la chica que dijo encantada: “Eres tan bonito.” Ni guapo, ni lindo, ni mono, sino bonito, como apreciando una flor.

El hombre, con una cerveza en la mano, rio de repente y le contestó: “Tú también”.

Naturalmente, le preguntó él si quería sentarse a su lado y ella echó una mirada a su amiga. Después de que la otra chica enarcara las cejas, ella enseguida se movió del sitio.

—¿De dónde eres? —le preguntó, aunque en aquel segundo que él abrió la boca ya sabía la respuesta—.

—De Inglaterra.

—¿De qué ciudad? —estaba curiosa—.

—Manchester.

Lo miraba con los ojos redondos y repitió increíblemente: “¿Manchester? ¿El Manchester de Oasis, The Stone Roses y the Smiths?”

El hombre parecía entretenido por la reacción dramática de la joven y dijo con una sonrisa más brillante:

—Sí, ese Manchester. Pues, ¿te gustan esas bandas? Creía que eran para nosotros, de edad mediana. Me sorprende que aquí en China haya gente tan joven como tú que sean sus fans.

—Me encantan y hay muchos jóvenes chinos a quienes les gustan mucho. La música de ellos nunca pasa de moda —afirmó la chica emocionada—. Ella dudó un segundo y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro. ¿Y tú?

—Treinta y cuatro... —repitió la chica como pensando en algo de importancia—.

—Un poco viejo, ¿eh? —bromeó—.

—¿Cómo? No... Me gustan las arrugas alrededor de tus ojos —contestó—. Son encantadoras.

Parecía sombría la cara del hombre y le preguntó: “¿Muchas? Bah...”

La muchacha de repente no sabía qué hacer porque no era su intención haberlo molestado. Solo concentraba la atención en sus ojos sin ninguna palabra. El hombre quitó la expresión descontenta y tocó la cabeza de ella suavemente: “Es una broma. Yo sé que tengo arrugas y no me molestan nada”.

Miró su reloj, que dio la dos.

—Es un poco tarde, ¿no? Y el humo... me asfixiará —dijo el hombre—. ¿Querías ir afuera conmigo? No te preocupes, solo pasear por la calle y ya está.

Su amiga ya había vuelto al dormitorio hacía poco tiempo. Estaba sola con un desconocido que tenía catorce años más que ella y ahora él quería que solo pasearan los dos. Nunca había tomado el riesgo de salir con un desconocido en una noche tan avanzada. No debía pero quería, mucho:

cuando ellos se acercaban, se chocaban las rodillas; él puso la mano en su mano y la escuchaba al oído. Se podía sentir el olor de la camisa; los ojos de azul y gris tiernos; Manchester. Ella dudaba, esta vez no un segundo. La estaba mirando con paciencia. Dejó la cerveza en la mesa.

—¿Esta calle?

—Sí, esta calle larga.

Salieron juntos del bar ruidoso y cálido. El aire un poco frío les traía un sentimiento de frescura.

—Ah... —la chica espiraba con fuerza. Todavía se sentía mareada por el alcohol y el ambiente dentro—.

Le tomó las manos a ella y se entrelazaban espontáneamente.

Paseaban en la calle, charlando. Parecían buenos amigos. Se declaraban sus pensamientos, diarios y atrevidos. El hombre era administrativo de una universidad y estaba muy ocupado en el trabajo de entrevistar y de presentar planes. También estaba ahorrando dinero para comprar una casa en Manchester porque necesitaba más seguridad. Quería probar algo nuevo, más audaz en la cama aunque ya no era un jovencito. La chica se quejaba de su vida estudiantil por ser aburrida y sin muchos conocimientos verdaderos. No sabía cómo iba a ser su futuro. Quería dejar la ciudad, apartarse de la familia, esconderse en algún lugar lejano y morir pacíficamente.

—Eres un poco pesimista como Morrisey.

—Cuando eras joven, ¿no querías desaparecer alguna vez? ¿Nunca pensaste que no eras nada sino algo extra del mundo?

El hombre se puso en silencio y luego respondió:

—No, nunca. Quería disfrutar lo más posible de la vida. Me gustaba estar con mis amigos, con los miembros de la banda. No quería ni desaparecer ni dejarlo todo.

Esta vez Qin, por su parte, no dijo ninguna palabra durante un poco de tiempo. Paseaban con los reverses de la mano rozándose en la calle solitaria.

Por fin, la chica volvió a hablar:

—A ver, cuando te vi, tus ojos... cómo puedo describirlos... los ojos de un chico, de un alma joven, más joven que la mía. Tienes una cara de Peter

Doherty, de Bernard Sumner, de Graham Coxon. Es como una atracción obligatoria...

—¿Conoces New Order?

—Sí, un poquito.

—Tienen una canción que me flipa que se llama True Faith y en ella una línea que es una de mis favoritas...

—¿I don't care cause I'm not there? (No me importa porque no estoy allí).

—¿La conoces? Pues, no. Es 'When I was a very small boy, very small boys talked to me'. (Cuando era un niño muy pequeño, los niños pequeños hablaban conmigo)."

—Interesante. ¿Por qué? Me parece una canción muy triste. La juventud pasará pero creíamos que el día nunca llegaría. El sueño se rompió y ahora es la realidad cruel.

El hombre se retrasó y dijo despacio:

—Para mí, es una canción nostálgica pero más allá de ser triste. La vida. Cuando llegemos al día de ser un adulto auténtico, de hecho no habrá nada de lo que arrepentirnos por no ser más un joven. A ver, no quiero decir que la juventud no sea algo singular y maravilloso, pero en la vida hay más fases y me siento bien siendo un hombre de treinta años. Es algo así.

—Pero eres todavía un chico de veinte años.

—No me conoces tanto, chica.

Volvieron a cogerse la mano y cuando pasaron por una esquina, bajó la cabeza y la besó. Ella veía sus pestañas largas, delicadas como las alas de mariposa y sus arrugas someras. Olía su frescura y su ternura con el viento de la noche.

En aquel momento, de repente, ella sentía que amaba bastante a ese hombre desconocido. Sentía como dice el poema: "dos especies de manos se enfrentan en la vida, brotan del corazón, irrumpen por los brazos, saltan y desembocan sobre la luz herida a golpes, a zarpazos. Estaba seguro de que el amor era totalmente sincero. Es el amor de aquella noche de otoño."

DIÁLOGOS DE LA CEBOLLA

ETNA MIRÓ ESCOBAR

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

EDICIÓN DE 2018

— **S**OY UN anarquista sin otro oficio que el de luchar por la libertad. ¿Y tú, quién eres? ¿Por qué tienes unas manos tan finas?

—Yo..., soy poeta.

—¡Poeta! ¡Qué bonito! Así, debes de saber muchas cosas, debes de conocer muchas palabras... A mí me quitaron de la escuela para trabajar en el campo, para llevar la yunta... ¡Poeta! ¡Qué hermoso serlo! Veis el mundo bajo una luz diferente.

—Eres muy joven, chico. ¿Te han apresado solo por ser anarquista?

—¿Necesitan más cargos, quizás, poeta, para condenarme a muerte? ¿Acaso no les basta con que alguien haya hecho un mohín al retrato del Caudillo? A mí ya me da igual, si te digo la verdad. Luché por lo que creo y si me tienen que matar por eso, que lo hagan. De todos modos, yo nunca he sabido hacer nada bien. Ni hablo bien, ni escribo bien, ni canto bien, ni sé guardar las formas. No, yo no he sido destinado a grandes cosas...

—Todos podemos hacer bien algo, ni que sea amar. Es un talento innato de los humanos.

—¡Cómo se nota que eres cultivado! ¡Te lo adivino en tu forma de expresarte, en el tono de tu voz, en tus maneras!

—Yo también empecé desde abajo, compañero. Durante toda mi adolescencia, fui pastor de cabras en los montes. Allí leí y escribí mis primeros poemas. Aún me despertaba de la ensoñación de la niñez...

—Entonces, no eres un señorito. A los señoritos de cultura, solo les importa el color de las flores o del cielo, o el amor de mujeres finas y perfumadas... Tú, en cambio, sabes de qué te hablo si te cuento mis miserias,

mis penumbras; mis dudas y mis sueños. Quise algo mejor para mi familia, para el pueblo explotado. Y no hice nada de lo que deba arrepentirme... ¡Una noche, entraron en mi casa y se llevaron a mi hermano! ¡Lo fusilaron sin juicio!... Yo conseguí escapar, pero me delataron y me cazaron como a un conejo. Tú, como eres poeta del barro, poeta de los nuestros, podrás entender lo que es el sudor en las venas, la espalda agachada de pesares y el grito de hartazgo retumbando en las sienas...

—Siento lo de tu hermano. No hay perdón para tamañas fechorías.

—No te vayas, ahora, a quedar sin palabras, ¿eh, poeta? ¡Quién me diría a mí que terminaría mis días en una celda con un poeta de carne y hueso! Y dime, compañero, ¿te vienen, aquí, ideas a la cabeza para escribir?

—No. Parece que nada quiere salir de mí... Es como si la musa de la inspiración supiera que estoy condenado y no quisiera malgastar su aliento en mi pluma... Ayer, Josefina me dijo, por carta, que únicamente tenían pan y cebolla para comer. Mi Manuel solo se alimenta de pan y cebolla... ¿Cómo puedo escribir sabiendo que las personas que más quiero padecen hambre y tristeza en un país desangrado que, por unos años, pensé que sería acunado por el progreso? ¿Cómo podría hacerlo cuando mi pueblo llena las cárceles?

—Y esa señora musa, ¿quién es?

—¿Ah, la musa? Déjame pensarlo bien... La musa se llamaba Erato y era la más bella de las ninfas griegas, la más inteligente de todas, la más grácil de entre todas las figuras que se movían en el mundo invisible. Y aún lo es: basta con que te roce, con sus vestiduras de nube y azúcar, para que acudan a ti mil metáforas, suaves como la piel del melocotón, frescas como el aroma del azahar. Sin ella, todo es gris, no hay lírica ni amor en la vida.

—¿Y esa todopoderosa musa de la que me cuentas, poeta, donde puedo yo encontrarla?

—Eso es lo malo, viene a ti únicamente cuando le place, querido amigo. Es veleidosa y sus caprichos le hacen de timón.

—¡Pues qué chasco! Ya me parecía a mí... Pero, óyeme, compañero, se me acaba de ocurrir una cosa. Yo no soy muy listo o agudo, que se diga, para temas de ingenio, mas ¿y si le escribes a tu niño un poema? Si es tan pequeño, podrías hacerle una nana. Imagínate que estás a su lado y se la

cantas... El maestro de mi pueblo siempre decía que la poesía alimenta. Yo nunca entendí eso muy bien, pero quién sabe. Si tu hijo y tu compañera pasan necesidad, ¡aliméntalos con tu poesía, que es lo único que, hoy por hoy, les puedes ofrecer!

—Oh, si te hubieran enseñado, yuntero, ¡serías más grande que Neruda!

—A mí no me llames eso, ¡eh!, que estamos de buenas.

—No, hombre, no, no te lo tomes a mal, que, en modo alguno, es un insulto. Pablo Neruda es un faro de los poetas de nuestro tiempo.

—Disculpa entonces mi ignorancia.

—Nada, hombre. Es la vieja España, con su incultura, la que tiene la culpa. Las letras, querido amigo anarquista, nos hacen libres. ¡Dinamitan más que cualquier otro explosivo los prejuicios y el quebranto, la intolerancia y la sinrazón! Los vientos del pueblo nos llevan la poesía y esta nos arrastra.

—Qué bien que hablas, compañero poeta. ¡Sí, yo hubiera sido como el Neruda ese!

—“La cebolla es escarcha // cerrada y pobre. // Escarcha de tus días // y de mis noches. // Hambre y cebolla, // hielo negro y escarcha // grande y redonda”. ¿Qué te parece, compañero anarquista? Es solo la primera estrofa...

—Suena muy bien. A tu hijo le gustará.

—Aún no anda, solo tiene unos meses... Por lo que dice Josefina, se le va el día en berrear. Pero, cuando crezca, ¡todo lo entenderá! Amigo, no puedo creer que el mundo sea tan injusto. ¡Deberíamos estar con los nuestros y no en la cárcel!... ¡Deberíamos estar construyendo el futuro y no contando los muertos! ¡Cuán cara se paga la osadía de la libertad en estos tiempos de penumbra y miedo, en esta medianoche del siglo!

—No te me pongas tristón, poeta. Estoy convencido de que tienes amigos que te ayudarán a salir de aquí. Ese mismo Neruda del que me has hablado, si es tan famoso como dices... Y seguirás escribiendo cosas magníficas, ¡seguro! Y dejarás huella... Yo no tendré esa fortuna. No cuento con amigos influyentes ni dejaré nada valioso cuando me maten... ¡Pero

mira cómo me río de quienes me han condenado a muerte! Me basta y sobra con la convicción de que sobre las ruinas de este mundo caduco se erigirá el mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones. Con fe y valor, defenderé hasta mi último aliento el bien más preciado: la libertad.

—¡Admiro tu arrojo, compañero! Hijos del pueblo como tú merecen las mejores elegías.

—Basta con pasar hambre y no tener nada que perder para ser así.

—No pienses en lo peor y, si algún día puedes, te recomiendo que leas un librito que te reconfortará: *España en el corazón*, de nuestro amigo Neruda. Dice cosas sobre España que los españoles no hemos sabido decir. Y, cuando lo leas, acuérdate del poeta entre rejas que, gracias a ti, escribió nanas a su hijo...

—Amigo anarquista, salgo libre. Gracias a la intercesión de Pablo, puedo salir de esta cárcel.

—¡Qué buenas noticias que traes, amigo poeta! Ya sabía yo que este no era destino para un hombre de letras como tú... ¡Me alegro mucho, compañero!

—Yo siento en el alma que te quedes aquí... Prometo visitarte, si me es permitido, e incluso traerte un poema que te dedicaré...

—¡Oh, no te preocupes! Realmente no será necesario. Solo te pido un favor: que tus versos sigan alimentando el fuego de la rebeldía, que sigan volando puentes de inhumanidad sin mancharse las manos de pólvora.

—Así lo haré, compañero anarquista, seguiré trabajando para el pueblo sin desfallecer y no te olvidaré.

—Es tu deber, poeta: seguir escribiendo para que no puedan borrar a balazos nunca la memoria del pueblo.

Y así lo prometió Miguel aquella mañana de setiembre de 1939, a la luz de los mortecinos rayos de Sol que anunciaban condenas a muerte, miseria y tuberculosis, pero, también para él, una efímera libertad.

Tristes guerras
si no es amor la empresa.

Tristes, tristes.
Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.
Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

HUELLAS DE LIBERTAD

PAU MARTÍ CLOTET

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

EDICIÓN DE 2018

ESCRIBÍ EN el arenal los tres nombres de la vida: vida, muerte, amor. Vino una ola y, entre espumas blancas, se los llevó. Pero no detuve mi andar para ver cómo eso ocurría. Seguí adelante. Una silueta alargada que caminaba sola entre la arena mojada y las nubes de plomo, dejando sus huellas junto al contorno del mar.

Y mientras andaba, reflexionaba. Pensaba en los tres nombres que había escrito con el dedo tembloroso en la arena húmeda.

Pensé en la vida. Esa vida que más de una vez había considerado desdichada. Llena de burlas, llena de complejos, llena de rechazo hacia mí mismo. Esa vida que pasaría sin pena ni gloria. Esa vida que, con suerte, recordarían una o dos personas cuando los fríos dedos de la muerte borrran mi nombre del mapa. Porque me encontraba solo. Solo y perdido en un mundo hostil que no me conocía y no me comprendía. Un mundo que apenas sabía que existía.

Pensé en la muerte. Ese era el menor de mis problemas. Tardaría en llegar. Más de una vez había pensado en avanzar a ella en su tarea de llevarse las almas al otro mundo. Más de una vez había considerado hacer yo su trabajo sucio y ayudarla a tachar un nombre de su lista. Pero no lo había hecho y sabía que no lo haría. Era demasiado cobarde para eso. Demasiado inseguro. Pero sobre todo, creía firmemente que la esperanza es lo último que se pierde. Y aún me quedaba un poco de eso. Un pequeño brote que florecía en mi pecho.

Pensé luego en el amor. Ese amor que no llegaría antes que la muerte. Eso era lo que me hacía estar intranquilo. Porque yo no me había enamorado nunca. Y había pensado –y temido– en más de una ocasión que nunca lo sentiría. Habían pasado personas por mi vida que me habían llamado la atención, sí. Pero nunca lo suficiente.

Tal vez no sabía enamorarme. Tal vez eso se tenía que aprender, como leer o ir en bici, y las flechas de Cupido solo se clavaban después de haber leído el manual. Pero tenía la sensación de que, aunque me hubiera enamorado, ese alguien no me hubiera hecho el más mínimo caso.

Y en ese momento me sorprendí a mí mismo relacionando ese concepto con... eso. Sí, eso. Eso que me preocupaba. Eso que me hacía diferente a los demás. Eso que me tenía largas horas en vilo y me hacía llorar por las noches, cuando la mullida almohada me permitía ocultar mis sollozos al mundo e incluso a mi alma atormentada.

Porque mi problema era yo. Porque en los rincones más escondidos de mi mente tenía la respuesta, la llave, la solución a mi problema, pero no quería verla. Y hacía tiempo que trataba de ocultarla de mí mismo con argumentos que, en su momento, me parecieron los más sensatos.

Me convencía a mí mismo de que mi vida sería mejor con una chica a mi lado. Me preguntaba por qué tendría que ser yo diferente a los demás. Me defendía diciendo que yo no encajaba en el perfil para encapsularme en esa etiqueta que me habían gritado con desprecio tantos años en los pasillos de la escuela. Me decía que no porque me hubiera fijado en algún chico tenía que gustarme.

Es fácil imaginar cuál era mi secreto. Pero no lo puedo contar. Aún no. Porque en aquellos momentos, yo no tenía ningún secreto. Eso creía, al menos. Mis argumentos me tranquilizaban. Opio para calmar mi consciencia. Y funcionaba. O funcionó durante un tiempo.

Porque allí mismo, en la playa, y mientras reflexionaba sobre todo eso, una lágrima resbaló por mi mejilla. Tal vez la atrajo el agua salada del mar, cientos de lágrimas reunidas en una sola que buscaban también las más para que se sumasen a ellas. No lo sé. Pero el caso es que la lágrima cayó. Y

a esa la siguió otra. El mar fue el único que escuchó mis sollozos. Porque la playa estaba desierta...

Pero mi cabeza, no. Dentro de ella se amontonaban voces que discutían, que luchaban para ver cuál tenía más fuerza. Libraban una batalla en la que yo hacía tiempo que había escogido un bando.

Pero, ese día, todo empezó a cambiar. Los bandos se difuminaron en la batalla. Porque esa llave que tenía guardada en un rinconcito se dejó ver. Y no la pude obviar. Así que atravesando las telarañas de mis inseguridades y de mis miedos, rompiéndolas, no sin dificultades, logré llegar a la llave. Esa llave que siempre había estado ahí, esperando que algún día tuviese el valor suficiente para encontrarla y, sobre todo, para usarla.

Y eso hice. La encontré y la introduje en su cerradura. La cerradura que me permitió abrir mis labios y pronunciar esas palabras. Esas palabras que nunca me había atrevido a decir, ni siquiera a pensar. Esas palabras que hacía tiempo que luchaban por salir, atragantadas en mi garganta, y que por fin pude articular. Y con la espuma del mar como testigo, respiré profundamente y dije, flojito:

—Me gustan los chicos.

Y no hizo falta hacer nada más. Me bastó con oír esas cuatro palabras para saber que lo que decía era cierto. Para saber que no me equivocaba. Y para saber que, a partir de ahí, mi vida iba a cambiar.

Tenía miedo, sí; pero gracias al rugir de las olas embravecidas pude hacer ver que no lo oía. Lo dejé olvidado en un rincón, puede que en el mismo donde durante tanto tiempo había estado la llave, cerré los ojos y respiré. Respiré salitre y libertad.

Y cuando volví a abrir los ojos me di cuenta de que, de repente, el paisaje era más bonito. El mar reflejaba tonos infinitos de verde y azul, la arena se arremolinaba en dunas que embellecían el lugar y el cielo nublado se agrietaba, dejando caer rayos de sol que brillaban en la superficie del agua.

Sentía dentro una sensación que no me cabía en el pecho: una sensación de libertad, de felicidad, de amor. Todo había cambiado. Y todo iba a cambiar.

Y acompañado siempre por el batir de las olas, mis piernas se aceleraron, y sin darme cuenta me descubrí corriendo por la arena. Salpicando agua salada y dejando un rastro de huellas y de felicidad. El mar borró las huellas, pero no pudo con la felicidad.

Corrí hasta que me quedé sin playa. Y todavía me faltó playa por correr, así que me adentré en el mar y compartimos su antigua libertad y mi libertad recién adquirida. El agua se mezcló con las lágrimas ya reseca e hizo que mis ojos volvieran a querer juntarse con el mar. Esta vez anegados de felicidad.

Y mirando el horizonte, el límite de ese mar sin límites, mirando mi propio futuro, descosí mis labios por segunda vez y pronuncié otra frase, esa vez alta, clara y sin temor:

—Aquí estoy para vivir.

LA HISTORIA DE UN MUNDO CRUEL

PAU ORTIZ RÚBIES

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

OBLIGATORIA

EDICIÓN DE 2018

EL FUTURO de nuestro mundo es incierto. El pasado está lleno de lagunas. Lo único que sabemos a ciencia cierta es el presente. Desde la antigüedad ha habido guerras, muchas guerras. Demasiadas. ¡Eso sí que lo sabemos seguro! Y también sabemos que se han escrito libros desde la civilización de Mesopotamia. Y yo, un triste sirio, residente en un campo de refugiados, tengo también un triste libro entre mis manos. ¿El título? *El libro de las guerras*. A lo largo de los siglos este libro ha ido dando tumbos por el mundo, pasando de guerra en guerra, de herido en herido, de generación en generación. Y dice así:

Atenas, 414.a.C.

La esperada Paz de Nicia simplemente ha desaparecido como una hoja ante una violenta y despiadada hoguera. No sé cómo estará mi padre, habitante de Esparta, el supuesto enemigo. Esto no es una guerra entre pueblos, es una guerra entre políticos. Al pueblo no le gusta que su ciudad se alce por encima de todas. Nos gusta que nuestros hijos no estén enterrados en el jardín. Mi hijo mayor, Ptolomeus, se alistó antes de todo esto, murió en la primera ofensiva naval. Jacob, mi hijo menor, fue llamado por el ejército justo dos semanas antes de la paz. Fue asesinado por unos espartanos. Y yo malherido en la pierna por querer vengar a mis hijos. Los hombres hemos dejado a las mujeres solas, solo por nuestro orgullo.

Pero todo este sinsentido no acabará aquí... Me levantaré y seguiré luchando por la paz porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...

Francia, 1349

¡Al ataque! Estos perros franceses creen que pueden quedarse con nuestra estimada Normandía. Ya verán. Los vamos a machacar. Dios quiere que luchemos en esta guerra, que eliminemos a estos no anglicanos. Quiere que les quememos sus casas para liberarnos del pecado, que plantemos nuestra semilla en sus mujeres para que nuestra raza crezca. Quiere que matemos a todos y cada uno de los que se atrevan a negarnos sus posesiones. Ellos solo quieren la riqueza, ahí entramos nosotros, a buscar el equilibrio que él nos ha mandado buscar. Aunque uno de esos perros me deje sin un ojo, no evitará su perdición. Porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...

EUA, Dallas (Texas), 1863

Yo lo diré claro, soy un negro. Y vivo en Dallas, en medio de los estados confederados. No podía estar en una peor localización. Todos mis amigos emigraron al norte al empezar la guerra. "Viviremos mejor allí", decían... Hasta que los pillaron los confederados. Mi mujer me acusó de cobarde por no querer hacer nada al respecto. Me dejó y se fue a México. Estoy solo; solo tengo a un alma anónima que me trae comida día tras día. Me estoy aprovechando. Mis heridas no se pueden ver, no se pueden tocar, pero están siempre conmigo, y su dolor es incesante. Pero no me hundiré, porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...

EUA, 1945

Soy de origen japonés. Esto lo cambia todo. Los americanos se piensan que todos somos iguales. Nos encerraron a mi familia y a mí en un campo de reclusión, para evitar el terrorismo. Dicen que los malos somos nosotros, que los de los campos de concentración son los nazis. Yo no exculpo a nadie, pero digo que no hay buenos en esta guerra, y que si los hubiese los americanos no lo serían. No estoy herido físicamente. Estoy herido en el orgullo, pero sacaré fuerzas de donde sea, porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...

Bueno, estos son algunos de los miles de sentimientos, de escenas, de dolor que este gran libro contiene. Todos estos relatos explican una gran historia de un pequeño mundo cruel y lleno de guerras. Y ahora es el momento de que yo también deje mi testimonio sobre esta sangrienta e injusta guerra.

Yo soy un kurdo. Muchos pensaréis que somos los malos de la película ya que no tenemos país. Nos robaron todo lo que teníamos y se lo repartieron como si fuesen migajas de pan seco. Mi familia y yo vivíamos en Al-Hasakah, una hermosa ciudad llena de vida. Pero las abrumadoras llamas de la guerra la llevaron a la ruina. Tuvimos que huir. Durante incontables quilómetros de suspense, bordeamos el río Khabur. Siempre con el miedo de encontrarnos a algún soldado. Todos pudimos llegar sanos y salvos. Mi mujer, mis dos hijos, de 6 y 7 años, y un servidor. Mi padre tuvo que quedarse allí, porque era demasiado mayor. Nosotros teníamos un único objetivo: llegar a Europa, el continente de la paz y los derechos. Palabrerías.

Ahora, yo estoy en Grecia, en un campo de refugiados. Mi hijo menor yace en el fondo del Éufrates. Cayó de la balsa cuando intentamos cruzarlo. En Turquía se llevaron a mi mujer cuando estaban haciendo un control rutinario... Llegamos al Mediterráneo, mi hijo mayor y yo. Él ya con 9 años y con un montón de experiencias sádicas, desconcertantes, inhumanas...

Llegó entonces lo que pensábamos que sería la parte fácil. Nos encontramos con unas autoridades más crueles que el mar. Cruzar el mar fue fácil comparado con entrar en Grecia. Y cuando por fin conseguimos entrar, nos dijeron a mi hijo y a mí que debíamos separarnos, que el lugar al que yo estaba destinado no era apto para niños. ¡Destinado! ¿Destinado? ¿Por qué tienen que mover ellos los hilos de mi destino? Y dos meses después me comunican la muerte de mi único hijo. ¿Causa? Una intoxicación por monóxido de carbón. Trabajaba en una tienda y hubo una mala combustión.

Han pasado ya muchos años desde entonces. Lo perdí todo, pero hay dos cosas que aún no han cambiado. Sigue habiendo guerra y yo sigo aquí. Mis heridas ya están cerradas. He pasado página porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...

Turquía, 2017

Se me llevaron los militares ayer por la noche. Otro control rutinario. Nos pidieron la documentación. No la tenía. La había perdido mientras intentaba salvar a nuestro hijo. Tuve que subir a un coche, y aquí estoy. Ahora llegamos a lo que parece ser una especie de comisaría de policía.

2 días después.

Dicen que soy una terrorista que venía a atentar contra su patria. Dicen que me darán lo que me merezco. No he dejado de pensar en ningún momento en mi familia, en la poca que me queda. ¿Dónde estarán?, ¿habrán llegado ya? Preguntas de difícil respuesta, de hecho no puedo saber ni con certeza qué haré mañana, si es que llego a ver el amanecer...

1 mes después.

Ayer por la noche, después de largas discusiones, mi abogado y el fiscal han llegado a un acuerdo. En lugar de condenarme a la pena de muerte, me van a deportar. He pasado este último mes en la cárcel. Me han tratado como si fuese escoria. Como si fuese inferior. Mi hijo murió intentando llegar a este continente, y ahora me dicen esto.

2 meses después.

Lo he perdido todo, por segunda vez. Y ahora estoy a punto de perder mi vida. Estoy enferma, estoy herida de desilusión... El árbol ha sido demasiadas veces talado, ya no retoñará. Mi vida se está apagando... Herida estoy, miradme: necesito más vidas para conseguir que la humanidad comprenda su grave error de deshumanización.

COMENTARIOS DEL JURADO

I Concurso de Relatos Cortos (2016)

Acta de Resolución de los premios del *I Concurso de Relatos Cortos*. Lleida, 21 de abril de 2016

Primer Premio:

Para el relato titulado *San Dionisio*, de la autora **Elisabet Poyo Serentill** (Grado en Estudios Hispánicos).

Excelente relato partiendo de una idea original con tintes muy cervantinos. La riqueza del léxico es constante a lo largo de todo el texto. Buenas construcciones sintácticas. Buen ritmo y estupendos toques de humor siempre venidos por sorpresa.

Segundo Premio:

Para el relato titulado *Azúcar y miel*, del autor **Víctor Bonastra Contreras** (Grado en Periodismo y Comunicación Audiovisual).

Sorprende, en cada párrafo, la sencillez y originalidad del relato, así como la descripción de los personajes desde el prisma del egocentrismo del protagonista.

Primer accésit:

Al relato titulado *Acinesia*, de la autora **Laura Alayón Castro** (Grado en Estudios Hispánicos), una historia que demuestra cómo una idea común puede convertirse, con imaginación y destreza, en un relato muy interesante.

Segundo accésit:

Para el relato titulado *El destino siempre tiene la razón*, del autor **Alexis Galcerán Queralt** (Grado en Historia).

Un relato basado en una idea de alto riesgo, con un gran final, inesperado y con mucha fuerza.

II Concurso de Relatos Cortos (2017)

Acta de Resolución de los premios del II Concurso de Relatos Cortos. Lleida, 8 de mayo de 2017

MODALIDAD DE ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer premio:

Relato titulado *Fragmentos de un naufragio sin respuesta*; autora, **Rosa María Conesa Cortés** (estudiante de primer curso de Filología Hispánica).

El relato sorprende por el dominio de los elementos que conforman el género narrativo breve del cuento, y por plantear de forma ‘encubierta’ el argumento, manteniendo, de principio a fin, la intriga del lector. A lo largo del relato, se intuye una emoción intensa transmitida mediante un lenguaje técnico-científico que desconcierta positivamente, provocando el suspense en el lector.

Segundo Premio:

Relato titulado *Compañeros de viaje*; autor, **Axel Lapuerta Coll** (estudiante de primer curso del Grado en Comunicación Audiovisual).

Se trata de un relato en el que sorprende el giro argumental que experimenta el tema al objetualizar la voz narrativa, así como por las sencillas y sutiles descripciones que en él encontramos.

MODALIDAD DE ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer Premio:

Relato titulado *El viaje*; autor, **Li Wenhao** (estudiante de cuarto curso del Diploma de Estudios Hispánicos).

Su relato sorprende por la excelente imbricación del tema del concurso con la tradición oriental y por la presencia de registros muy cercanos a lo fantástico maravilloso, así como por su correcto nivel expresivo.

III Concurso de Relatos Cortos (2018)

**Acta de Resolución de los premios del
III Concurso de Relatos Cortos.
8 de abril de 2018**

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer Premio:

Relato titulado *Taxidia*; autora, **Olga Algaba Perales**, estudiante del Grado en Comunicación y Periodismo Audiovisuales.

Se trata de un relato en primera persona que hila una historia recorriendo las diferentes estaciones del año descubriendo, al final, que todo es una prosopopeya o personificación: el protagonista es un roble centenario.

Segundo Premio:

Relato titulado *El rayo*; autora, **Núria Freixes Miró**, estudiante del Doble Grado Lenguas Aplicadas y Traducción – Filología Hispánica.

El texto ofrece una excelente descripción de una situación contradictoria para el personaje protagonista. Está estructurado en dos capítulos: en el primero, se presenta el sufrimiento que experimenta una joven, Amanda, al guardar un secreto; secreto que queda desvelado en la segunda parte del relato, dando un giro inesperado.

rado a la historia cuando el lector descubre que el protagonista del relato, Amanda, es, en realidad, Miguel.

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer Premio:

Relato titulado *Dos manos*; autora, **Yan Xiang**, estudiante de movilidad de tercer curso del Diploma de Estudios Hispánicos.

El relato presenta un diálogo muy bien estructurado entre dos personajes que se encuentran en un bar y con continuos guiños a referentes musicales.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

Primer premio:

Relato titulado *Diálogos de la cebolla*; autora, **Etna Miró Escobar**, estudiante del Col·legi Episcopal (Lleida). Es un relato en el que sorprende la madurez del tema y de su expresión formal. A partir de la conversación que mantienen un anarquista y un poeta que comparten celda, el relato se convierte en un alegato del poder de las letras y de la escritura para sentirnos libres. La situación descrita rememora la última etapa de la vida del escritor de Orihuela, que falleció en prisión, en la inmediata posguerra. De este modo, el relato acaba convirtiéndose en un emocionado y emocionante homenaje a la figura del escritor y del hombre, Miguel Hernández.

Segundo Premio:

Relato titulado *Huellas de libertad*; autor, **Pau Martí Clotet**, estudiante del Instituto Joan Brudieu (Seu d'Urgell). Este relato presenta una sólida reflexión sobre la vida, la muerte, y el amor, tres términos presentes en uno de los poemas de Miguel Hernández ("Escribí en el arenal los tres nombres de la vida: vida, muerte, amor."). En el relato aparece el tema de la soledad y, de nuevo, el secreto, dos elementos bien tratados y desarrollados. Un joven que sufre su secreto en soledad, al final del relato sorprende al lector desvelando su verdadera identidad: decide sentirse libre y vivir su verdadera sexualidad.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA OBLIGATORIA

Segundo Premio:

Relato titulado *La historia de un mundo cruel*; autor, **Pau Ortiz Rúbies**, estudiante del Instituto Ciutat de Balaguer (Balaguer).

En este relato, el tema del concurso sigue un planteamiento original mediante una estructura novedosa que consiste en tomar tres geografías y tiempos históricos diferentes de la humanidad, centrados en un mundo cruel y deshumanizado a cuenta de la guerra. Estos tres momentos puntuales desembocan en una historia personal de un exiliado en un campo de refugiados. El hilo conductor y unificador de la historia es el verso de Miguel Hernández, ‘porque soy como el árbol talado, que retoño: porque aún tengo la vida...’, en clara referencia a la fuerza de voluntad por mantenerse fiel a las propias ideas.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
Clàssica, Francesa i Hispànica